



OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

La guerra y la Internacional

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov





Obras Escogidas de León Trotsky

Valencia, abril de 2023. 3ª edición digital, 1ª versión directa desde el alemán en este sello.

germinal_1917@yahoo.es

Versión al castellano de Vicent Blat desde *Der Krieg und die Internationale*, en Leo Trotzki – Marxists' Internet Archive

Deutschsprachiger Teil Bibliothek, consultado el 15 de marzo de 2023. La sección alemana reproduce desde *Lenin und Trotzki, Krieg und Revolution (Schriften und Aufsätze aus der Kriegszeit)*, Zürich (Vlg. der Grütlbuchhandlung) 1918, S. 1–84. Señalamos las notas de L. Trotsky y elaboramos el resto o bien desde las versiones alemana e inglesa que figuran en el MIA, o bien desde *La guerra y la Internacional*, en estas mismas OELT-EIS.

Cuando el 2 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia, la mayoría de emigrados rusos exiliados en Viena ya la habían abandonado. El 3, Trotsky hace averiguaciones en los locales del partido socialdemócrata en Viena para calibrar las posibilidades y riesgos de permanecer en esa capital europea y, ante las informaciones de buena tinta de que al día siguiente se procedería a la detención de todos los exiliados rusos y serbios, decide abandonar apresuradamente Viena ese mismo día junto con su familia; su biblioteca y archivos se quedarán en la ciudad y no los recuperará más que durante las negociaciones de Brest-Litovsk. La familia Trotsky se dirige a Zúrich. Allí Trotsky realizará una febril actividad encaminada al reagrupamiento de los internacionalistas exiliados en la capital suiza y a la tajante separación y denuncia frente a los nacionalistas socialpatriotas. Intervendrá activamente en el interior del partido socialista suizo hasta el punto que será enviado por los militantes como delegado a la conferencia nacional del partido que se celebra a principios de octubre; en septiembre ya había discutido con el profesor Ragaz los problemas tácticos para la elaboración de un manifiesto “contra la guerra y el socialpatriotismo”, manifiesto cuya elaboración ya había propuesto en agosto en una reunión de la Unión Obrera Eintracht. El 7 de octubre, tras constatar cómo se profundizaba (incluso en el interior de partidos socialistas de países neutrales) el abismo entre los nacionalistas y los internacionalistas, Trotsky desarrolla un extenso informe de varias horas en el que presenta el texto del “manifiesto”; con la ayuda de Ragaz, de aquí saldrá el folleto que te presentamos y que se publicará en alemán por primera vez en

noviembre de ese mismo año 1914 bajo el título *Der Krieg und die Internationale*.

En la “Introducción” a su obra *La guerra y la revolución* (publicada en Petersburgo-Moscú en ruso en 1922-1924 como uno de los volúmenes de sus *Obras completas*) Trotsky refiere sobre este libro: “Escribí un folleto *La guerra y la internacional* que fue editado en Zúrich en noviembre de 1914 y que, gracias a la colaboración de Fritz Platten, se difundió bastante ampliamente en Suiza, Alemania y Austria.

“Destinado a los países de lengua alemana y editado en esa lengua, el opúsculo atacaba en primera línea a la socialdemocracia alemana, partido líder de la *Segunda Internacional*.

Evidentemente... se señalaba que... ¡los franceses vivían muy bien como republicanos tras haber decapitado a su rey! Analizando el despreciable servilismo de la ideología de guerra alemana, el folleto no dejaba albergar ninguna duda en cuanto a que, a saber: ante una nueva contradicción de la historia, el imperialismo y el socialismo (en guerra con sus consignas, sus programas y sus antagonismos) representaban ambos una reacción en armas que era necesario aplastar y apartar del camino de la historia.

Estando dada la forma en que estaba redactado, el folleto recibió la acogida que se puede esperar por parte de la prensa socialpatriota. Recuerdo un líder de los periodistas chovinistas, Heilemann, declarando abiertamente que la obra era de un loco, pero consecuente consigo misma en su propia locura. Por supuesto que no faltaban las observaciones dando a entender que el susodicho folleto estaba inspirado en un patriotismo secreto y que demostraba ser un arma de propaganda de los Aliados. El tribunal alemán estimó que la obra era irreverente con los Hohenzollern y condenó al autor, en rebelión, a algunos meses de prisión. Ignoro completamente si la república de Ebert me tendrá en cuenta esta condena...”

El lector debe tener en cuenta que el título se refiere a la Segunda Internacional, la Internacional Socialista; internacional que en 1914 era... “la” Internacional.

Lecturas complementarias indispensables: *La guerra y la revolución*, en estas mismas OELT-EIS, y, también en nuestro sello, las series *Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales* y *Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*.

Índice

Introducción.....	5
I. La cuestión balcánica.....	10
II. Austria-Hungría.....	16
III. La lucha contra el zarismo.....	20
IV. La guerra contra occidente	26
VI. La quiebra de la Internacional	42
VII. La era evolucionaria	54

Introducción

La base de la guerra actual es la rebelión de las fuerzas productivas generadas por el capitalismo contra su forma de explotación nacional-estatal. El globo entero, la tierra y el mar, la superficie y sus profundidades, se han convertido ya en el escenario de una *economía mundial* cuyas partes individuales están inextricablemente unidas. El capitalismo ha hecho este trabajo. Por otra parte, también ha hecho que los estados capitalistas subordinen esta economía mundial a los intereses de lucro de cada burguesía nacional. La política del imperialismo es ante todo un testimonio de que el viejo estado nacional, creado en las revoluciones y guerras de 1789-1815, 1848-1859, 1864-1866 y 1870¹, ha sobrevivido a sí mismo y aparece ahora como un obstáculo intolerable para el desarrollo de las fuerzas productivas. La guerra de 1914 significa sobre todo el naufragio del *estado nacional* como territorio económico independiente. La nacionalidad sigue siendo un hecho cultural, ideológico, psicológico; sin embargo, su base económica ha sido arrancada de cuajo. Todo lo que se afirme sobre que el sangriento enfrentamiento actual es una obra de defensa nacional es hipocresía o ceguera. Por el contrario, el fin objetivo de la guerra es aplastar a los actuales centros económicos nacionales en nombre de la economía mundial. Pero no se pretende resolver esta tarea del imperialismo sobre la base de una cooperación razonablemente organizada de toda la humanidad productora, sino sobre la base de la explotación de la economía mundial por la clase capitalista del país vencedor, a la que esta guerra debe transformar de gran potencia en potencia mundial.

¹ Revoluciones y guerras: a) 1789-1815: las guerras revolucionarias francesas (dirigidas desde 1799 por Napoleón Bonaparte) establecieron el estado-nación francés y abolieron los derechos feudales al oeste del Elba; b) 1848-1859: la lucha por la liberación de Italia de Austria y la unificación italiana, incluida la liberación de la ciudad de Roma del Papa; c) 1864-1868: Prusia y Austria atacan Dinamarca en enero de 1864; Prusia se anexiona Schleswig y Austria Holstein; en 1866 Prusia, tras asegurarse la neutralidad de Rusia, Francia e Italia, declara la guerra a Austria, una guerra, que en palabras de Moltke, jefe del estado mayor, “era una lucha por la hegemonía... largamente contemplada y serenamente preparada...” El 3 de julio de 1866, en Sadowa (Königgrätz), los austriacos fueron derrotados rotundamente. Esto aseguró el dominio de los Hohenzollern sobre la Confederación del Norte de Alemania y puso fin a la Confederación Alemana; d) 1870-1871: el 2 de julio de 1869, el gobierno provisional de España promulgó la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern para suceder a la reina Isabel, que había sido depuesta en 1868, el 6 de julio, Francia protesta y seis días más tarde se retira la candidatura. El 7 de julio, el embajador francés en Alemania, Benedetti, exigió al Kaiser una disculpa y el compromiso de que un Hohenzollern no volvería a aspirar al trono español. El Kaiser estaba en Ems, tomando las aguas. Bismarck redactó de nuevo la respuesta del káiser (el ahora famoso despacho de Ems) para hacer inevitable la guerra. El 19 de julio de 1870 Francia declara la guerra. Prusia obtiene victorias inmediatas: El 4 de agosto en Wissenburg, el 6 de agosto en Worth. El 27 de octubre, en Metz, 175.000 soldados al mando del mariscal Bazaine fueron rodeados. El ejército principal al mando del mariscal MacMahon y el propio emperador Napoleón III se rindieron en Sedán el 2 de septiembre. París cayó tras cuatro meses de asedio: del 19 de septiembre al 28 de enero de 1871. Por la Paz de Frankfurt (10 de mayo de 1871) Francia perdió Alsacia-Lorena, Mosela, Alto Rin, Bajo Rin y tuvo que pagar una indemnización de cinco mil millones de francos. La victoria de Prusia supuso la unión de Alemania bajo la hegemonía prusiana. Guillermo I fue coronado emperador de Alemania en Versalles el 18 de enero de 1871. La derrota de Francia condujo a la Comuna de París ([Comunas de París y Lyon](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)) y al fin de la monarquía francesa.

La guerra proclama el hundimiento del estado nacional. Pero, al mismo tiempo, anuncia también la quiebra de la *forma capitalista* de la propiedad. A partir del estado nacional, el capitalismo revolucionó toda la economía mundial distribuyendo todo el globo entre las oligarquías de las grandes potencias, en torno a las cuales se agrupan sus satélites, los pequeños estados, que viven de la rivalidad de los grandes. El desarrollo ulterior de la economía mundial sobre una base capitalista significa una lucha incesante de las potencias mundiales por nuevas zonas de la superficie terrestre como objeto de explotación capitalista. Bajo el signo del militarismo se alternan constantemente la rivalidad económica, por un lado, y el robo y la destrucción por otro lado, que disuelven los fundamentos elementales de la economía humana. La producción mundial se levanta no sólo contra el caos nacional-estatal, sino también contra la propia organización económica capitalista, que ha conducido a esta bárbara desorganización.

La guerra de 1914 es el mayor colapso conocido en la historia de un sistema económico que perece por sus propias contradicciones.

Todas las fuerzas históricas que estaban llamadas a dirigir la sociedad burguesa, a hablar en su nombre y a explotarla, han declarado su bancarrota histórica con la guerra de 1914. Protegían al capitalismo como sistema de la cultura humana. La catástrofe nacida de este sistema es ante todo *su* catástrofe. La primera oleada de acontecimientos elevó a los gobiernos y ejércitos nacionales a alturas sin precedentes y aglutinó a las naciones en torno a ellos por un momento; pero la caída de los gobiernos será tanto más terrible cuando el significado de los acontecimientos en desarrollo se revele en su verdad y horror a los pueblos ensordecidos por el tronar de los cañones.

La reacción revolucionaria de las masas será tanto más poderosa cuanto más tremenda sea la conmoción que la historia está provocando en ellas.

El capitalismo ha creado las condiciones materiales de una nueva economía socialista. El imperialismo ha conducido a las naciones capitalistas a un caos histórico. La guerra de 1914 muestra el camino para salir de este caos, conduciendo por la fuerza al proletariado hacia la vía de la revolución.

En los países económicamente atrasados de Europa, la guerra pone al orden del día cuestiones de una etapa mucho más temprana del desarrollo histórico: cuestiones de democracia y unidad nacional. Este es el caso de los pueblos de Rusia, Austria-Hungría y la península Balcánica. Pero estas cuestiones históricamente tardías, legadas a la época actual por su predecesora, no cambian el carácter básico de los acontecimientos. No fueron las aspiraciones nacionales de serbios, polacos, rumanos o finlandeses las que pusieron en pie a 25 millones de soldados, sino los intereses imperialistas de la burguesía de las grandes potencias. Al trastocar tan profundamente el statu quo europeo mantenido durante cuatro décadas y media, el imperialismo ha planteado a su vez las viejas cuestiones que la revolución burguesa se mostró impotente para resolver. Pero en la época actual, estas cuestiones carecen por completo de carácter independiente. La creación de condiciones normales de vida nacional y de desarrollo económico en la península balcánica es impensable con la pervivencia del zarismo y de Austria-Hungría. El zarismo aparece ahora como la reserva militar indispensable para el imperialismo financiero de Francia y para el poder colonial conservador de Inglaterra. Austria-Hungría sirve de sostén al imperialismo de Alemania. Es cierto que la guerra comenzó por los enfrentamientos internos de los terroristas nacionalistas serbios con la policía política de los Habsburgo; pero muy pronto reveló su verdadero rostro: la lucha a muerte entre Alemania e Inglaterra. Mientras los tontos y los hipócritas parlotean sobre la defensa de la libertad y la independencia nacionales, la guerra anglo-alemana se libra en realidad por el “derecho” a la explotación imperialista de los pueblos de la India y Egipto, por una

parte, y por una nueva división imperialista de los pueblos de la tierra, por otra. Alemania, despertada al desarrollo capitalista sobre una base nacional, comenzó con la ruptura de la dominación continental de Francia en 1870/1871. Ahora que el desarrollo de la industria alemana sobre una base nacional ha convertido a Alemania en la primera potencia capitalista del mundo, su desarrollo ulterior se enfrenta a la dominación de Inglaterra. La dominación plena y sin restricciones del continente europeo aparece para Alemania como una condición previa indispensable para la derrota de su enemigo mundial. Por esta razón, la Alemania imperialista ha inscrito sobre todo en su programa la creación de una confederación centroeuropea de estados. La actual Alemania, Austria-Hungría, la península Balcánica con Turquía, Holanda, los países escandinavos, Suiza, Italia y, si es posible, también la debilitada Francia con España y Portugal deben formar un todo económico y militar: una Gran Alemania bajo la hegemonía del actual Reich alemán. Este programa, que está siendo minuciosamente elaborado por economistas, políticos, juristas y diplomáticos del imperialismo alemán y realizado por sus estrategias, es la prueba más contundente y la expresión más demoledora del hecho de que el capitalismo se ha visto insoportablemente constreñido dentro de los confines del estado nacional. La potencia imperialista mundial debe ocupar el lugar de la gran potencia nacional.

Bajo estas condiciones históricas, no puede tratarse para el proletariado de defender la “patria” nacional caduca, convertida en el principal obstáculo para el desarrollo económico, sino de crear una patria mucho más poderosa y resistente: los *Estados Unidos republicanos de Europa*, como fundamento de los Estados Unidos del mundo².

El proletariado sólo puede oponerse a la impotencia del capitalismo imperialista con un programa práctico para el día, con la organización socialista de la economía mundial.

El proletariado se ve obligado a oponer a la guerra como método de solución de las contradicciones insolubles del capitalismo en el apogeo de su desarrollo, *su* método, el método de la revolución social.

La cuestión balcánica y la cuestión del derrocamiento del zarismo (estas tareas que nos propone la Europa *de ayer*) sólo pueden resolverse en conexión con la solución revolucionaria de la tarea de la Europa *unida de mañana*. La socialdemocracia rusa, a la que pertenece el autor de este folleto, considera como su primera y más urgente tarea la lucha contra el zarismo, que busca en Austria-Hungría y en los Balcanes ante todo una salida para sus métodos estatales de saqueo, robo y violencia. La burguesía rusa, hasta su intelectualidad radical, completamente desmoralizada por el tremendo auge de la industria en los últimos cinco años, ha formado una alianza sangrienta con la dinastía que, mediante su nuevo robo de países, debe asegurar al impaciente capitalismo ruso su parte del botín mundial. Asaltando y devastando a Galitzia, privándola incluso de los jirones de libertad de los Habsburgo, desintegrando a la infeliz Persia e intentando anudar la soga en el cuello los pueblos de la península balcánica desde la esquina del Bósforo, el zarismo deja al liberalismo, al que desprecia, que disfrace su robo con la odiosa declamación de la defensa de Bélgica y Francia. El año 1914 significa la liquidación completa del liberalismo ruso, eleva al proletariado de Rusia a único portador de la lucha de liberación

² Los Estados Unidos de Europa, consigna propuesta por los socialdemócratas rusos en 1914 y 1915 y posteriormente retirada por razones tácticas. Se convirtió en consigna oficial de la Internacional Comunista en 1923, durante la crisis del Ruhr. Véase “¿Es apropiado el momento para la consigna: los Estados Unidos de Europa?”, en L. Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, en estas mismas OELT-EIS, página 633 y siguientes del formato pdf.

y convierte definitivamente a la revolución rusa en parte integrante de la revolución social del proletariado europeo.

En nuestra lucha contra el zarismo, en la que nunca conocimos una tregua “nacional”³, nunca buscamos ni buscamos la ayuda del militarismo de los Habsburgo o de los Hohenzollern. Conservamos una perspicacia revolucionaria suficientemente clara como para ver que al imperialismo alemán le repugna bastante la idea de destruir a su mejor aliado en su frontera oriental, que está ligado a él por la igualdad de estructura social y de tareas históricas. Pero incluso si el asunto no fuera así, si pudiera suponerse que, obedeciendo a la lógica de las operaciones bélicas, el militarismo alemán, en contra de la lógica de sus propios intereses políticos, asestara un golpe aplastante al zarismo, incluso en este caso (bastante improbable) nos habríamos negado a ver en los Hohenzollern a un aliado, ya fuera objetivo o subjetivo. El destino de la revolución rusa está tan inseparablemente ligado al destino del socialismo europeo, y los socialdemócratas rusos nos situamos tan firmemente en el terreno internacional, que nos abstenemos de una vez por todas de comprar el precario paso hacia la liberación de Rusia con la destrucción segura de la libertad de Bélgica y Francia, y (lo que es aún más importante) de llevar el envenenamiento imperialista al proletariado alemán y austríaco.

Estamos ligados en muchos aspectos a la socialdemocracia alemana. Todos pasamos por su escuela, aprendimos de sus éxitos y de sus errores. Para nosotros no era *un partido de la Internacional*, sino el partido por excelencia. Siempre preservamos y reforzamos la alianza fraternal con la socialdemocracia austriaca. Por nuestra parte, nos enorgullecía la conciencia de que en la conquista del sufragio universal en Austria y en el despertar de las tendencias revolucionarias en el proletariado alemán estaba también nuestra modesta contribución, comprada con más de una gota de sangre. Aceptamos sin vacilar el apoyo moral y material de nuestro hermano mayor, que luchaba por objetivos comunes al otro lado de nuestra frontera occidental. Pero precisamente por respeto a este pasado, y más aún por respeto al futuro que ha de unir a la clase obrera de Rusia con el proletariado de Alemania y Austria, rechazamos indignados la ayuda “liberadora” que el imperialismo alemán (¡ay!, bajo la bendición del socialismo alemán) nos trae en la caja de municiones de Krupp. Y esperamos que la indignada protesta del socialismo ruso resuene lo suficientemente fuerte como para ser oída en Berlín y en Viena.

El *hundimiento de la II Internacional*⁴ es un hecho trágico, y sería ceguera o cobardía cerrar los ojos ante él. La posición de los socialistas franceses y de la mayor parte de los ingleses es tan partícipe de este hundimiento como la actitud de los socialdemócratas alemanes y austríacos. Y si este panfleto dedica la mayor parte de su sección crítica a la socialdemocracia alemana, es exclusivamente porque ésta era el miembro más fuerte, más influyente y más principista de la comunidad socialista mundial: en su capitulación histórica es donde emergen más claramente las causas del hundimiento de la *II Internacional*.

³ El concepto de “tregua nacional” (Burgfriede) se basaba en una antigua costumbre medieval según la cual las rencillas privadas debían cesar cuando el castillo estaba bajo asedio. En la Alemania de 1914 significaba el cese total de la tarea de oposición y de la lucha de clases. El 3 de agosto, el Kaiser declaró: “Ya no conozco partidos, sólo conozco alemanes...”. La tregua entre clases duró poco y se rompió por completo la paz civil el 1 de mayo de 1916, con la detención de Karl Liebknecht. En Francia, tuvieron la Union Sacrée. M. Deschanel, al elogiar a Jaurès, dijo: “Aquí ya no hay adversarios, sólo hay franceses...”

⁴ El 4 de agosto de 1914 (pocas horas después de que los ejércitos alemanes hubieran violado la neutralidad de Bélgica y Luxemburgo) se votaron los créditos de guerra en el Reichstag, y toda la fracción socialdemócrata votó a favor de los créditos. Esta fecha marca el hundimiento de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional. Ver en estas mismas EIS: [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#).

A primera vista, puede parecer que las perspectivas social-revolucionarias de la época futura, de las que hemos hablado más arriba, son bastante engañosas frente a la insuficiencia catastróficamente clara de los viejos partidos socialistas. Pero una conclusión tan escéptica sería fundamentalmente errónea. Ignoraría la “buena” voluntad de la dialéctica histórica, del mismo modo que nosotros ignoramos con demasiada frecuencia su “mala” voluntad, tan despiadadamente demostrada en el destino de la Internacional.

La guerra de 1914 proclamó la desintegración de los estados nacionales. Los partidos socialistas de la época que ahora se cierra, eran partidos nacionales. Con todas las ramificaciones de sus organizaciones, de su actividad y de su psicología, estaban fundidos con los estados nacionales y, contrariamente a las solemnes seguridades de sus congresos, se alzaron en defensa de las entidades estatales conservadoras cuando el imperialismo, que había crecido en suelo nacional, atravesó con la espada las anticuadas barreras nacionales. En su hundimiento histórico, los estados nacionales arrastran consigo a los partidos socialistas nacionales.

No es el socialismo lo que perece, sino su expresión histórica actual. La idea revolucionaria se muda liberándose de su caparazón osificado. Este caparazón está formado por personas vivas, por toda una generación socialista que, a pesar del abnegado trabajo de agitación y organización de algunas décadas, se osificó en la reacción política y quedó atrapado por los puntos de vista y hábitos del posibilismo nacional (oportunismo). Los intentos de “salvar” a la *II Internacional* (sobre las viejas bases) mediante métodos personales, diplomáticos y concesiones mutuas son bastante inútiles; demasiado bien está cavando ahora el viejo topo de la historia sus pasadizos, y a nadie le es dado detenerlo.

Del mismo modo que los estados nacionales se han convertido en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, los viejos partidos socialistas se han convertido en el principal obstáculo para el movimiento revolucionario de la clase obrera. Tuvieron que revelar todo su atraso, comprometerse por la absoluta estrechez de sus métodos, traer la vergüenza y el horror de la discordia nacional sobre el proletariado, para que éste, a través de estas terribles decepciones, pudiera liberarse de los prejuicios y hábitos serviles de la época preparatoria y convertirse finalmente en lo que la voz de la historia le llama ahora a ser: la clase revolucionaria que lucha por el poder.

La *II Internacional* no ha vivido en vano. Ha realizado una enorme obra cultural, sin parangón en la historia: la educación y unificación de la clase oprimida. El proletariado no necesita ahora partir de cero. No emprenderá el nuevo camino con las manos vacías. La época pasada le deja un rico arsenal de ideas. La nueva época hará que el proletariado añada a las viejas armas de la crítica la nueva crítica de las armas⁵.

Este folleto ha sido escrito de prisa, bajo condiciones poco favorables para el trabajo planificado. Una gran parte de este trabajo está dedicada a la vieja *Internacional*, que ha caído. Pero todo el folleto, desde la primera página hasta la última, está escrito con el pensamiento de la nueva *Internacional* que debe surgir de la actual convulsión mundial, la Internacional de la lucha final y de la victoria final.

León N. Trotsky
Zúrich, 31 de octubre de 1914

⁵ “Evidentemente, el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que la fuerza material tiene que derrocar mediante la fuerza material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas.”, Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, en nuestra serie *Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional*, página 6 del formato pdf.

I. La cuestión balcánica

El 31 de agosto de este año, un periódico socialdemócrata escribía:

“La guerra que ahora se libra contra el zarismo ruso y sus vasallos está dominada por una gran idea histórica. La consagración de una gran idea histórica llena con su ímpetu los campos de batalla de Polonia y Rusia oriental. El rugido de los cañones, el traqueteo de las ametralladoras y las cargas de caballería significan la ejecución del programa democrático de liberación de los pueblos. Si el zarismo no hubiera logrado reprimir la revolución, en alianza con el poder del capital francés y en alianza con la desmesura de una *política de mercachifles*⁶, la presente guerra genocida habría sido superflua pues el pueblo ruso liberado jamás habría consentido esta guerra sin conciencia e inútil. Las grandes ideas de libertad y justicia hablan ahora el enfático lenguaje de las armas, y todo corazón capaz de un sentido de justicia y humanidad debe desear que el poder zarista sea destruido y que las oprimidas nacionalidades rusas recuperen su derecho a la autodeterminación.”

El nombre del periódico en el que están impresas estas líneas es *Nepszava*, el órgano central de la socialdemocracia de Hungría, (ese país cuya vida interna entera está construida sobre la opresión violenta de las minorías nacionales, sobre la esclavización de las masas trabajadoras, sobre el parasitismo fiscal y la usura de los latifundistas gobernantes), un país en el que gente como Tisza son señores de la situación, agraristas de pura cepa con modales de bandidos políticos. En una palabra, un país lo más parecido a la Rusia zarista. No es casualidad que el destino obligara precisamente a *Nepszava*, el órgano socialdemócrata de Hungría, a dar esta expresión tan entusiasta a la misión liberadora de los ejércitos alemán y austrohúngaro. ¿A quién, si no al conde Tisza, se le pide que lleve a cabo “la ejecución del programa democrático de liberación de los pueblos”? ¿Quién, sino la camarilla gobernante de panamistas⁷ de marca de Budapest podría afirmar (en contraste con la “falta de conciencia de una política de mercachifles” de la pérfida Albión⁸) los principios eternos del derecho y la justicia en Europa? La risa le hace a uno conciliador, y se puede decir que la trágica contradicción de la política de la Internacional encuentra no sólo su culminación en los artículos del pobre *Nepszava*, sino también su superación humorística.

Los acontecimientos actuales comenzaron con el ultimátum austrohúngaro a Serbia. La socialdemocracia internacional no tiene la menor razón para tomar bajo su protección las intrigas de la dinastía serbia o de otras insignificantes dinastías balcánicas que disfrazan sus aventuras con pretendidos fines nacionales. Pero aún tenemos menos razones para indignarnos moralmente por el hecho de que un joven serbio fanático respondiera a la criminal y cobarde política nacional de los gobernantes de Viena y Budapest con un sangriento asesinato⁹. En cualquier caso, no nos cabe duda de una cosa,

⁶ Referencia a Inglaterra.

⁷ La Compañía del Canal de Panamá (Presidente: Ferdinand de Lesseps), financiada internacionalmente, quebró en febrero de 1889. El escándalo afectó a muchas personalidades, entre ellas a Clemenceau.

⁸ Pérfida Albión, en francés *La perfide Angleterre* [pérfida Inglaterra], implantada la referencia durante la Gran Revolución, la revolución burguesa francesa.

⁹ Es instructivo que los mismos oportunistas austro-alemanes que siempre simpatizan con los terroristas rusos, más que nosotros, los socialdemócratas rusos, que nos oponemos por principio al modo de lucha

a saber: que, en el trato histórico de la monarquía del Danubio con los serbios, el verdadero derecho histórico, es decir, el derecho al desarrollo de la nación, está totalmente del lado de estos últimos, como lo estuvo del lado de Italia en 1859. Bajo el duelo lumpen de la policía real-imperial con los terroristas de Belgrado se esconde una razón mucho más profunda que la glotonería de los Karageorgievich o los crímenes de la diplomacia zarista: por un lado, las pretensiones imperialistas de un estado de nacionalidad sin vitalidad ni viabilidad; por otro, el esfuerzo de la fragmentada Serbia por unirse en un todo estatal viable.

¿Para esto hemos pasado tanto tiempo en la escuela del socialismo? ¿para olvidar las tres primeras letras del alfabeto democrático? Por cierto, este completo olvido sólo se produjo después del 4 de agosto. Hasta esta fecha fatal, los marxistas alemanes se habían dado cuenta de lo que estaba ocurriendo realmente en el sudeste de Europa:

“La revolución burguesa de los eslavos del sur está en pleno apogeo, y los disparos de Sarajevo, por exagerados e insensatos que sean, son un capítulo tan importante de ella como las batallas en las que búlgaros, serbios y montenegrinos rompieron el yugo de la explotación feudal turca que sojuzgaba al campesino macedonio. No es de extrañar que los eslavos meridionales austrohúngaros miraran con nostalgia a sus hermanos de raza del reino de Serbia, que han alcanzado el objetivo más elevado de un pueblo en el orden social existente, la independencia nacional, mientras Viena y Pest tratan a todo lo que se llama serbio y croata con puñetazos y puntapiés, con la ley marcial y la horca... Siete millones y medio de eslavos meridionales, más audaces que nunca desde las victorias de los eslavos balcánicos, claman por su derecho político, y si el trono imperial austriaco intenta a la larga resistir su embestida, caerá y el imperio al que hemos ligado nuestro destino se romperá en pedazos. Pues, precisamente, tales revoluciones nacionales caminan a zancadas hacia la victoria en la línea del desarrollo histórico.” Así rezaba el *Vorwärts* del 3 de julio de 1914, tras el asesinato en Sarajevo.

Si la socialdemocracia internacional, junto con su sección serbia, ofreció una resistencia inflexible a las reivindicaciones nacionales serbias, no fue ciertamente en aras del derecho histórico de Austria-Hungría a suprimir y fragmentar las nacionalidades, ni mucho menos en aras de la misión liberadora de los Habsburgo, de la que hasta agosto de 1914 nadie se atrevió a pronunciar una palabra, salvo algún plumífero mercenario. Nos guiaban motivos de otra índole. En primer lugar, el proletariado, aunque no negaba la legitimidad histórica de la lucha de los serbios por la unidad nacional, no podía confiar la solución de esta tarea a las manos que ahora dirigen los destinos del reino serbio.

En segundo lugar, sin embargo (y esta consideración era decisiva para nosotros), la socialdemocracia internacional no podía sacrificar la paz de Europa a la causa nacional de los serbios, cuya unidad, salvo mediante una revolución europea, sólo podía lograrse mediante una guerra europea.

Pero en el momento en que Austria-Hungría trasladó al campo de batalla la cuestión de sus destinos y los destinos de Serbia, no nos cabe la menor duda de que el progreso social y nacional en el sudeste de Europa se vería mucho más gravemente afectado por una victoria de los Habsburgo que por una victoria serbia. Y si, como antes, no hay ninguna razón para que identifiquemos nuestra misión con los objetivos del

terrorista, se retuerzan ahora de indignación moral y dejen salir a la luz todas sus entrañas morales por el “hecho sangriento de Sarajevo, vilmente consumado”. En la bruma del chovinismo, esta gente ni siquiera es capaz de considerar que ese lamentable terrorista serbio llamado Gawrilo representa el mismo principio nacional que el terrorista alemán Sand. ¿Acaso llegarán estos eunucos a los suizos que derriben los monumentos del asesino Teil y los sustituyan por monumentos de uno de los predecesores espirituales del archiduque asesinado, el gobernador austriaco Geßler? L. Trotsky.

ejército serbio (y fue precisamente esta idea la que expresaron los socialistas serbios Liapchevich y Katzlerovich¹⁰ en su valeroso voto contra los créditos de guerra), menos aún para apoyar los derechos puramente dinásticos de los Habsburgo y los intereses imperialistas de las camarillas feudal-capitalistas contra la lucha nacional de Serbia. En cualquier caso, sin embargo, la socialdemocracia austrohúngara, que ahora bendice las espadas de los Habsburgo por la liberación de Polonia, Ucrania, Finlandia y el propio pueblo ruso, tendría que dejar en claro sinceramente en primer lugar sus ideas extremadamente confusas sobre la cuestión serbia.

Pero la cuestión no se limita a los destinos de las decenas de millones de serbios. El enfrentamiento de los pueblos de Europa vuelve a plantear la cuestión balcánica en su totalidad. La Paz de Bucarest de 1913¹¹ no resolvió ni los problemas políticos nacionales ni los mundiales en Oriente Próximo, sólo reafirmó por un tiempo esa nueva confusión que había surgido del agotamiento total momentáneo de los participantes en las dos guerras balcánicas.

En estos momentos, se plantea con toda agudeza la cuestión de la actitud ulterior de Rumania, cuyo ejército de medio millón de hombres puede resultar un factor extremadamente importante en el desarrollo de los acontecimientos. Rumania, a pesar de las simpatías latinas de la población, al menos de la urbana, se vio arrastrada bajo la influencia de la política austro-alemana. Este hecho estaba determinado no tanto por causas dinásticas (en el trono de Bucarest se sienta un Hohenzollern) como por el peligro inmediato de una invasión rusa. En 1879, el zar ruso cercenó un trozo de territorio rumano (Besarabia) en agradecimiento por el apoyo de Rumanía en la guerra de “liberación” ruso-turca. Este hecho elocuente dio suficiente apoyo a las simpatías dinásticas de los Hohenzollern de Bucarest. Pero con su política de desnacionalización en Transilvania, que cuenta con tres millones de rumanos frente a $\frac{3}{4}$ de millón en la Besarabia rusa, así como con sus tratados comerciales con el reino rumano, dictados por la voluntad de los latifundistas austrohúngaros, la camarilla magiar-habsburguesa ha vuelto a la población rumana contra ella. Y si, a pesar de la valiente y decidida agitación del partido socialista dirigido por nuestros amigos Gherea y Rakovsky, Rumania uniera su ejército a los ejércitos del zarismo, la responsabilidad de ello recaerá enteramente sobre la clase gobernante de Austria-Hungría, que también cosechará aquí lo que ha sembrado. Pero la cuestión de la responsabilidad histórica no ha terminado. Mañana, dentro de un mes, o

¹⁰ Para apreciar plenamente este proceder, hay que recordar todo el contexto político. Un grupo de conspiradores serbios mata a un Habsburgo, portador del clericalismo, el militarismo y el imperialismo austrohúngaros. Aprovechando este acto, que celebra, el partido militar vienés lanza a Serbia uno de los ultimátum más insolentes de la historia diplomática. En su respuesta, el gobierno serbio hace concesiones extraordinarias y pide que la solución de las cuestiones en litigio se entregue al Tribunal de Arbitraje de La Haya. Austria declara entonces la guerra a Serbia. Si el término “guerra defensiva” tiene algún significado, es obviamente en su aplicación a Serbia en este caso. A pesar de ello, nuestros amigos Liapchevich y Katzlerovich, en inquebrantable conciencia de su deber socialista, se negaron rotundamente a confiar en su gobierno. El autor de estas páginas se encontraba en Serbia al comienzo de la guerra de los Balcanes. En la Skuptschina, en una atmósfera de indescriptible entusiasmo nacional, se votaba sobre los créditos de guerra. La votación fue nominal. Contra doscientos “síes” hubo un solo “no”, el del socialista Liapchevich. Todo el mundo sintió la fuerza moral de esta protesta, que quedó en nuestra memoria como un recuerdo imborrable. *Adenda* a la edición en *La guerra y la revolución*, 1922: Liapchevich no logró extraer las conclusiones indispensables para su posición revolucionaria. El desarrollo de los acontecimientos le hizo retroceder. Actualmente pertenece, junto con su grupo, a la II Internacional y $\frac{1}{2}$. L. Trotsky.

¹¹ Guerras de los Balcanes, la primera comenzó en octubre de 1912. Los turcos se vieron repelidos de vuelta a Constantinopla. Terminó con el Tratado de Londres, el 30 de mayo de 1913. Turquía se vio obligada a renunciar a todas sus reclamaciones sobre sus antiguas posesiones europeas. Se creó Albania como nuevo estado. En junio de 1913 estalló la segunda guerra. Bulgaria atacó a Serbia y Grecia, y Rumania y Turquía se opusieron a Bulgaria. Terminó con el Tratado de Bucarest, el 30 de julio de 1913. Italia invadió Albania en 1914.

incluso dentro de medio año, la guerra planteará la cuestión del destino de los pueblos balcánicos y de Austria-Hungría en su conjunto, y el proletariado debe tener su respuesta a esta cuestión. A lo largo del siglo XIX, la democracia europea desconfiaba de la lucha de liberación de los pueblos balcánicos porque temía un fortalecimiento de Rusia a expensas de Turquía. Marx escribió sobre estos temores en 1853, en vísperas de la guerra de Crimea:

“Puede sostenerse que cuanto más se consolidan Serbia y la nacionalidad serbia, más se relega a un segundo plano la influencia directa de Rusia sobre los eslavos turcos. Porque Serbia, para poder mantener su posición particular como estado, ha tenido que extraer sus instituciones políticas, sus escuelas... de Europa occidental”.

Esta predicción se ha visto brillantemente confirmada por los destinos de Bulgaria, creada por Rusia como puesto avanzado en los Balcanes. Tan pronto como la “entidad” búlgara estuvo más o menos asentada, produjo un fuerte partido antirruso (dirigido por el antiguo alumno ruso Stambulov) y este partido imprimió su sello de hierro a toda la política exterior del joven país. Todo el mecanismo de los partidos políticos búlgaros está hecho a medida para poder maniobrar entre las dos combinaciones europeas sin acabar finalmente en las aguas de una u otra. Rumania tomó el camino austro-alemán, Serbia después de 1903 el ruso, porque la primera está directamente bajo la presión del peligro ruso, la segunda bajo el peso del austriaco. Cuanto más independientes sean los países del sudeste de Europa respecto a Austria-Hungría, más resueltamente podrán proteger su independencia frente al zarismo.

El equilibrio balcánico creado en el Congreso de Berlín de 1879 estaba repleto de contradicciones¹². Cortados en pedazos por fronteras etnográficas artificiales, sometidos al control de dinastías importadas del vivero alemán, atados de pies y manos por las intrigas de los grandes estados, los pueblos balcánicos no podían dejar de luchar por una mayor liberación y unificación nacionales. La política nacional de la Bulgaria independiente se centró naturalmente en Macedonia, poblada de búlgaros y que el Congreso de Berlín había dejado bajo control de los turcos. Por el contrario, Serbia, con la excepción del Sandžak Novy Bazar, no tenía nada que hacer en Turquía. Sus intereses nacionales naturales estaban más allá de la frontera austrohúngara: en Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslavonia y Dalmacia. Rumanía no tenía nada que hacer en el sur, donde Serbia y Bulgaria la separaban de la Turquía europea. La expansión nacional de Rumanía se dirigió hacia el noroeste y el este: hacia la Transilvania húngara y la Besarabia rusa. Por último, la expansión nacional empujó naturalmente a Grecia, como a Bulgaria, contra Turquía. Bulgaria y Grecia tenían así un obstáculo incomparablemente más débil en su camino nacional que Serbia y Rumanía. La política austro-alemana, dirigida a la preservación artificial de la Turquía europea, se hizo añicos no por las intrigas diplomáticas de Rusia, de las que, por supuesto, no carecía, sino por el curso inevitable del desarrollo. Esto elevó a la agenda histórica la autodeterminación del estado-nación de los pueblos balcánicos, que habían entrado en la senda del desarrollo capitalista.

La guerra de los Balcanes liquidó la Turquía europea. Creó así la condición previa para la solución de las cuestiones búlgara y griega. Pero Serbia y Rumanía, cuya unificación nacional sólo podía realizarse a costa de Austria-Hungría, se vieron arrojadas hacia atrás en sus aspiraciones expansionistas hacia el sur y recibieron compensaciones a costa del elemento étnico búlgaro: Serbia en Macedonia, Rumanía en Dobrudja. Este es el significado de la Segunda Guerra de los Balcanes y de la Paz de Bucarest que la concluyó. El hecho mismo de la existencia de Austria-Hungría, esta Turquía

¹² El Congreso de Berlín, celebrado en junio-julio de 1878 bajo la presidencia de Bismarck, revisó el Tratado de San Stefano (marzo de 1878) que puso fin a la guerra ruso-turca de 1877-78. En Berlín, las grandes potencias se repartieron el sudeste de Europa en beneficio propio.

centroeuropea, no deja espacio para la autodeterminación natural de los pueblos del sureste, los empuja al camino de constantes luchas mutuas, les hace buscar apoyos exteriores unos contra otros y los convierte así en instrumentos de combinaciones a gran escala. Sólo bajo semejante caos tiene la diplomacia zarista la posibilidad de tejer la red de su política balcánica, cuya malla final es Constantinopla. Y sólo una federación de los estados balcánicos (económica y militar) constituiría una defensa protectora insuperable contra las lujurias del zarismo. En la actualidad, tras la liquidación de la Turquía europea, Austria-Hungría se interpone en el camino de la federación de los pueblos del sudeste de Europa. Rumania, Bulgaria y Serbia, habiendo encontrado sus fronteras naturales y unidas sobre la base de la comunidad económica en una alianza defensiva con Grecia y Turquía, habrían ofrecido por fin la paz a la península balcánica, esa caldera que ha amenazado periódicamente a Europa con explosiones hasta arrastrarla a la catástrofe actual.

La socialdemocracia se vio obligada hasta cierto punto a resignarse a la dejadez balcánica de la diplomacia capitalista, que en sus conferencias y acuerdos secretos sólo tapaba un agujero para abrir otro aún más enorme. Mientras esta dejadez pospusiera la solución final, la Internacional Socialista podía esperar que la liquidación del legado de los Habsburgo no fuera asunto de una guerra europea, sino de la revolución europea. Pero ahora que la guerra ha trastornado a toda Europa, y cuando los asaltantes del gran estado intentan redibujar el mapa de Europa, no sobre la base de los principios democráticos nacionales, sino sobre la base del equilibrio militar de poder, la socialdemocracia debe tener claramente en cuenta que uno de los obstáculos más importantes para la libertad, la paz y el progreso (junto con el zarismo y el militarismo alemán) es la monarquía de los Habsburgo como organización estatal. El aventurerismo criminal del grupo socialista galiciano Daszyniskis consiste no sólo en poner la causa de Polonia por encima de la causa del socialismo, sino también en vincular los destinos de Polonia con los de los ejércitos austrohúngaros y la monarquía de los Habsburgo.

El proletariado socialista de Europa no puede adoptar tal solución de la cuestión. Para él, la cuestión de una Polonia unida e independiente está en la misma línea que la cuestión de una Serbia unida e independiente. No podemos resolver y no resolveremos la cuestión polaca por los métodos que conducen a la perpetuación del actual caos sudoriental y paneuropeo. Para nosotros, la independencia de Polonia significa su independencia en ambos frentes: en el de los Romanov y en el de los Habsburgo: queremos no sólo que el pueblo polaco se libere de la presión del zarismo, sino también que los destinos del pueblo serbio no dependan de los terratenientes galicianos. No necesitamos ahora considerar qué formas adoptarán las relaciones de una Polonia independiente con Bohemia, Hungría y la Federación Balcánica. Pero está perfectamente claro que un complejo de estados medianos y pequeños a orillas del Danubio y en los Balcanes formará una barrera mucho más poderosa contra los asaltos del zarismo a Europa que la actual Austria-Hungría, caótica e impotente, que sólo demuestra el derecho a su existencia mediante continuos ataques a la paz de Europa.

En el artículo de 1853 antes citado, Marx escribió con ocasión de la cuestión de oriente:

“Hemos visto cómo los hombres de estado europeos, en su obcecada estupidez, su rutina osificada y su inercia mental heredada, rehúyen cualquier intento de responder a la cuestión de qué va a ser de Turquía en Europa. Contra la fuerza impulsora que favorece el avance ruso hacia Constantinopla, se piensa emplear, como medio para alejarla de tal camino, la teoría hueca y nunca aplicada del mantenimiento del statu quo. ¿En qué

consiste este statu quo? Para los súbditos cristianos de la Puerta¹³, no significa otra cosa que la perpetuación de su opresión por Turquía. Mientras estén subyugados por el dominio turco, ven en el jefe de la Iglesia griega, el gobernante de 60 millones de cristianos griegos, a su protector y liberador natural.”

Lo que aquí se dice de Turquía se aplica ahora en gran medida a Austria-Hungría. La solución de la cuestión balcánica es impensable sin la de la cuestión austrohúngara, ya que ambas se engloban en una misma fórmula: la federación democrática de los pueblos danubianos y balcánicos.

“Pero los gobiernos con su diplomacia anticuada [escribió Marx] nunca resolverán la dificultad. Como la solución de tantos otros problemas, el de Turquía está reservado a la revolución europea.” Esta afirmación conserva toda su fuerza incluso ahora. Pero precisamente para que la revolución dé solución a las dificultades acumuladas en el curso de los siglos, el proletariado debe tener *su* programa para la solución de la cuestión austrohúngara. Y debe oponer este programa con igual fuerza a los deseos conquistadores del zarismo, así como a las cobardes preocupaciones conservadoras por el mantenimiento del statu quo austrohúngaro.

¹³ La Sublime Puerta o Puerta Otomana fue la corte turca en Constantinopla hasta 1923.

II. Austria-Hungría

El zarismo ruso representa indiscutiblemente una organización estatal más tosca y bárbara que el absolutismo austrohúngaro, más frágil y atemperado por la decrepitud. Pero Rusia, incluso considerada como una organización puramente estatal, no es en absoluto idéntica al zarismo. La destrucción del zarismo no significa la extinción de Rusia; al contrario, significa su liberación y fortalecimiento. Afirmaciones como que es necesario devolver Rusia a Asia fueron transmitidas también a cierto sector de la prensa socialdemócrata, pero se basan en un conocimiento deficiente de la geografía y la etnografía. Sea cual sea el destino de cada una de las partes de la Rusia actual (la Polonia rusa, Finlandia, Ucrania o Besarabia), la Rusia europea no deja de existir como territorio nacional de un pueblo de muchos millones de habitantes, que en el último cuarto de siglo ha realizado grandes conquistas en el camino del desarrollo cultural.

La situación es muy diferente con Austria-Hungría: como organización estatal es equivalente a la monarquía de los Habsburgo, con la que se mantiene y cae, de forma similar a la Turquía europea, que era idéntica a la casta militar-feudal otomana y también cayó con ella¹⁴. Como conglomerado de esquiras nacionales centrífugas impuestas dinásticamente, Austria-Hungría representa la entidad más reaccionaria del centro de Europa. Su conservación, tras la actual catástrofe europea, no sólo retrasará el desarrollo de los pueblos danubianos y balcánicos durante nuevas décadas, no sólo garantizará la repetición de la guerra europea, sino que fortalecerá políticamente al zarismo al dejarle la principal fuente de su alimento espiritual.

Si la socialdemocracia alemana se conforma con la desintegración de Francia como castigo por su alianza con el zarismo, hay que exigirle que aplique el mismo criterio a la alianza germano-austriaca. Si la valoración que la prensa inglesa y francesa hace de la guerra actual como liberadora para el pueblo queda hecha añicos por la alianza de las dos democracias occidentales con el zarismo que somete al pueblo, parece tanto o más presuntuoso extender la bandera liberadora, como hace la socialdemocracia alemana, sobre el ejército de Hohenzollern, que lucha no sólo contra el zarismo y sus aliados, sino también por la conservación y fortificación de la monarquía de los Habsburgo.

Austria-Hungría es indispensable para Alemania, para la Alemania gobernante tal como la conocemos. Al empujar a Francia en brazos del zarismo mediante la apropiación por la fuerza de Alsacia-Lorena, al agravar sistemáticamente las relaciones con Inglaterra mediante el armamento rápido en sus fuerzas navales, al rechazar todos los intentos de acercamiento y entendimiento con las dos democracias occidentales, ya que este entendimiento habría supuesto la democratización de Alemania, la casta gobernante junker¹⁵ se vio obligada a buscar un apoyo en la monarquía austrohúngara como reserva

¹⁴ La predicción de Trotsky sobre la desintegración del Imperio Austrohúngaro resultó ser correcta. En su *El folleto de Junius. La crisis de la socialdemocracia*, escrito en 1915, Rosa Luxemburg escribió: “La liquidación de Austria-Hungría, históricamente no es más que la prosecución del derrumbamiento de Turquía y de la necesidad del proceso de evolución histórica.”, página 43 del formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano](#).

¹⁵ Los Junkers (de “Jungherr” = joven aristócrata o cadete militar) eran terratenientes prusianos con grandes propiedades al este del Elba. Fueron los conservadores dominantes de Alemania, conservando sus derechos medievales hasta el final de la I Guerra Mundial y sus haciendas hasta el final de la II.

auxiliar de fuerza militar contra los enemigos del oeste y del este. Desde el punto de vista alemán, la misión de Austria-Hungría [monarquía dual]¹⁶ era poner cuerpos auxiliares húngaros, polacos, rumanos, checos, rutenos, serbios e italianos al servicio de la política militarista junker alemana. La Alemania gobernante se resignó fácilmente al hecho de que entre 10 y 12 millones de alemanes quedaran separados de su metrópoli nacional; al fin y al cabo, estos doce millones formaban el núcleo estatal en torno al cual los Habsburgo habían unido a más de 40 millones de no alemanes. Una federación democrática de pueblos danubianos independientes los habría hecho inútiles como aliados para el militarismo alemán. Sólo una organización monárquica militarmente impuesta de Austria-Hungría la haría útil como aliada de la Alemania de los junkers. La condición inevitable de esta alianza, santificada por la lealtad nibelunga¹⁷ de las dinastías, es la constante disposición de Austria-Hungría para la guerra, que, sin embargo, sólo puede preservarse mediante una supresión mecánica de las tendencias nacionales centrífugas.

Para Austria-Hungría, que está rodeada en todas sus fronteras por naciones relacionadas con su propia población, la política exterior está más íntima y directamente relacionada con la política interior. Para poder apretar a 7 millones de serbios y eslavos del sur en su marco estatal-militar, Austria-Hungría debe sofocar el corazón de su atracción política: el reino independiente de Serbia.

El ultimátum austriaco a Serbia fue el paso decisivo en este camino. “Austria-Hungría dio su paso bajo los dictados de la necesidad”, escribe E. Bernstein en el *Sozialistische Monatshefte* [Cuaderno del mes socialista] (cuaderno 16), y esto es absolutamente correcto si uno mira los acontecimientos políticos desde el punto de vista de las necesidades *dinásticas*.

Uno puede defender la política de los Habsburgo señalando el bajo nivel moral de los gobernantes de Belgrado sólo si uno cierra su mente al hecho de que los Habsburgo sólo podían hacer amistad con una Serbia dirigida por una agencia austriaca, en la forma de Milán, el gobierno más bajo que la historia de la desafortunada península balcánica haya conocido jamás. Si el ajuste de cuentas con Serbia llegó tan tarde, fue sólo porque la preocupación por la autoconservación no era lo bastante vigorosa en el frágil organismo de la monarquía. Tras la muerte del archiduque, apoyo y esperanza del partido militar austriaco y de Berlín, un poderoso golpe alcanzó las costillas del aliado, que exigía inexorablemente una demostración de firmeza y fortaleza. El ultimátum austriaco a Serbia no sólo fue aprobado de antemano, sino que, según todos los indicios, fue precisamente inspirado por la Alemania gobernante. De ello se habla con suficiente claridad en el mismo *Libro Blanco* que los diplomáticos profesionales y no profesionales intentan presentar como un documento del amor de Hohenzollern por la paz.

Al caracterizar los objetivos de la gran propaganda serbia y las maquinaciones del zarismo en los Balcanes, el *Libro Blanco* afirma:

“En estas circunstancias, Austria tuvo que decirse a sí misma que no sería compatible ni con la dignidad ni con la autoconservación de la monarquía permanecer de brazos cruzados y observar por más tiempo los tejemanejes al otro lado de la frontera. El gobierno imperial nos informó de este punto de vista y solicitó nuestra opinión. Desde el fondo de nuestro corazón pudimos concederles a nuestros aliados nuestro acuerdo con su valoración de la situación y asegurarle que cualquier acción que considerase necesaria para poner fin al movimiento en Serbia, dirigido contra la existencia de la monarquía, contaría con nuestra aprobación. En esto éramos muy conscientes de que cualquier acción

¹⁶ La monarquía dual Austrohúngara fue establecida por el “Ausgleich” (Compromiso) entre el gobierno austriaco y la oposición húngara en 1867. Fue gobernada por los Habsburgo hasta la revolución de 1918.

¹⁷ Lealtad [a la alianza] nibelunga, del poema clásico alemán *Nibelungenlied* (c. 1200 d. C.), una alianza entre el héroe y su traidor.

bélica de Austria-Hungría contra Serbia podría traer a Rusia a la escena e implicarnos así en una guerra de acuerdo con los términos de nuestra alianza.

Sin embargo, reconociendo los intereses vitales de Austria-Hungría que estaban en juego, no podíamos aconsejar a nuestro aliado que cediera de forma incompatible con su dignidad, ni negarle nuestro apoyo en estos difíciles momentos. Tanto menos podíamos hacerlo cuanto que nuestros intereses también se veían amenazados por la continua agitación serbia. Si se hubiera permitido a los serbios, con la ayuda de Rusia y Francia, poner en peligro por más tiempo la existencia de la monarquía vecina, el resultado habría sido el colapso gradual de Austria y la subyugación de toda la raza eslava bajo el cetro ruso, lo que habría hecho insostenible la posición de la raza germánica en Europa central. Una Austria moralmente debilitada, derrumbándose como consecuencia del avance del paneslavismo ruso, ya no sería para nosotros un aliado con el que contar y en el que confiar, como debíamos hacer en vistas de la actitud cada vez más amenazadora de nuestros vecinos orientales y occidentales. Por lo tanto, dimos a Austria carta blanca en su acción contra Serbia”.

La relación de la Alemania gobernante con el conflicto austro-serbio se dibuja aquí con toda claridad. Alemania no sólo fue informada por el gobierno austriaco de sus intenciones, no sólo las aprobó, no se limitó a asumir las consecuencias derivadas de su “lealtad a la alianza”, no: ella misma consideró el avance austriaco como salvador e inevitable y, de hecho, hizo del avance austro-húngaro en los Balcanes *una condición para el mantenimiento de la alianza*. De lo contrario, “Austria dejaría de ser un aliado con el que contar”.

Este hecho y el peligro que escondía estaban perfectamente claros para los marxistas alemanes. El 29 de junio, al día siguiente del asesinato del archiduque austriaco, el *Vorwärts* escribió:

“Una política demasiado chapucera ha ligado los destinos de nuestro pueblo a los de Austria. Nuestros gobernantes han hecho de la alianza con Austria la base de toda su política exterior. Pero cada vez más se demuestra que no es una fuente de fuerza, sino de debilidad. El *problema de Austria* se está convirtiendo cada vez más *amenazadoramente en un peligro para la paz de Europa.*”

Un mes más tarde, cuando el peligro amenazaba ya con convertirse en la terrible realidad de la guerra, el 28 de julio, el órgano central de la socialdemocracia alemana escribía con no menos firmeza: “¿Cómo ha de comportarse el proletariado alemán ante semejante paroxismo insensato?”; y respondía: “*Ciertamente, no le interesa lo más mínimo la continuación del caos austríaco de naciones.*”

Al contrario. La Alemania democrática no está interesada en la continuación, sino en la desintegración de Austria-Hungría. De este modo, Alemania habría aumentado en 12 millones de habitantes cultos, con un centro de primer orden como Viena. Italia habría logrado su complemento nacional y dejado de desempeñar el papel de factor imprevisible que siempre ha desempeñado en la Triple Alianza. Una Polonia independiente, Hungría, Bohemia y una federación balcánica con una Rumania de 10 millones de habitantes en la frontera rusa, serían un poderoso baluarte contra el zarismo. Pero lo que sería más importante: una Alemania democrática con 75 millones de habitantes alemanes podría, sin los Hohenzollern y los junker gobernantes, llegar fácilmente a un entendimiento con Francia e Inglaterra, aislar al zarismo y condenarlo a la impotencia en su política exterior e interior. Una política encaminada a la consecución de estos objetivos sería verdaderamente liberadora tanto para los pueblos de Rusia como de Austria-Hungría. Pero tal política requiere una condición previa esencial: a saber, que el pueblo alemán, en lugar de confiar a los Hohenzollern la liberación de otros pueblos, se libere él mismo de los Hohenzollern.

La actitud de la socialdemocracia alemana y austrohúngara en la presente guerra ha demostrado estar en flagrante contradicción con tales objetivos. Procede en el

momento presente enteramente de la necesidad de preservar y consolidar la monarquía de los Habsburgo, en interés de Alemania o de la nación alemana. El *Wiener Arbeiter-Zeitung* formula el significado histórico de la guerra actual, “que es ahora sobre todo la guerra contra la esencia alemana”, expresamente desde este punto de vista antidemocrático, que produce un ardiente rubor de vergüenza en el rostro de todo socialista internacionalmente consciente.

“Si la diplomacia actuó correctamente, si había que llegar a esto, eso se podrá decidir más tarde. Ahora lo que está en juego es el pueblo alemán y no hay vacilaciones ni titubeos. El pueblo alemán está unido en la férrea e indomable resolución de no dejarse subyugar y no triunfará sobre él ni la muerte ni el diablo, etc.” (*Wiener Arbeiter-Zeitung*, 5 de agosto). Ahorramos al gusto político y literario del lector el no continuar con esta cita. Aquí no se dice nada de la misión liberadora en relación con otros pueblos; aquí la tarea de la guerra se plantea como la preservación y salvaguarda de la “humanidad alemana”.

La defensa de la cultura *alemana*, del suelo *alemán*, de la humanidad *alemana*, aparece aquí como una tarea no sólo del ejército alemán, sino también del austrohúngaro. Por tanto, los serbios deben luchar contra los serbios, los ucranianos contra los ucranianos: por la *humanidad alemana*. Cuarenta millones de seres de nacionalidad no alemana de Austria-Hungría son considerados aquí simplemente como abono histórico para los campos de la cultura alemana. No es necesario demostrar que éste no es el punto de vista del socialismo internacional. Aquí hay incluso una falta de pureza de la democracia nacional elemental. El estado mayor austrohúngaro explicó qué significa esta “humanidad” en su comunicado del 18 de septiembre, según el cual “todos los pueblos de nuestra venerable monarquía deben permanecer unidos con un mismo valor y, como dice el juramento de nuestros soldados: ‘contra todo enemigo, sea quien sea’”.

El *Wiener Arbeiter-Zeitung* se apropia por completo de esta concepción Habsburgo-Hohenzollern del problema austrohúngaro como una reserva militar antinacional, similar a la forma en que la Francia militar considera a los senegaleses y marroquíes, e Inglaterra a los indios. Y cuando observamos que estas opiniones no son un fenómeno nuevo en la socialdemocracia alemana de Austria, nos damos cuenta de la razón principal por la que la socialdemocracia austriaca se desintegró tan tristemente en grupos nacionales y redujo así su importancia política al mínimo. La descomposición de la socialdemocracia austriaca en secciones nacionales combatientes fue una de las manifestaciones de la insuficiencia objetiva de Austria como organización estatal. Al mismo tiempo, la actitud de la socialdemocracia germano-austriaca demuestra que ella misma se convirtió en una triste víctima de esta insuficiencia, ante la que capituló idealmente. Cuando se mostró impotente para unir al numeroso proletariado de Austria mediante los principios del internacionalismo y renunció finalmente a esta tarea, la socialdemocracia germano-austriaca no liquidó aquella “idea” que Renner, el socialista defensor de la monarquía del Danubio, intentó presentar como la idea inquebrantable de Austria-Hungría, sino que subordinó esta Austria-Hungría y, por tanto, también su propia política, a la “idea” del nacionalismo prusiano-junquero. Este completo fracaso de principios nos habla en un lenguaje sin precedentes desde las páginas del *Wiener Arbeiter-Zeitung*. Pero si uno escucha con más atención la música de este nacionalismo histórico, no puede dejar de oír la voz más seria, la voz de la historia, que nos dice que ¡el camino hacia el progreso político de Europa central y sudoriental pasa por la desintegración de la monarquía austrohúngara!¹⁸

¹⁸ En el texto se contempla tal revolución que nos solamente derrocaría a los Hohenzollern, sino que demolería las bases sociales del régimen imperial alemán. Es evidente que semejante revolución no ha tenido lugar todavía en Alemania. *Adenda* a la edición de 1922: sobra decir que la derrota y dislocación de

III. La lucha contra el zarismo

Pero, ¿y el zarismo! ¿Acaso no significa la victoria de Alemania y Austria la derrota del zarismo? ¿Y no compensa con creces tal resultado todas las consecuencias arriba indicadas?

Esta pregunta tiene una importancia decisiva en toda la argumentación de la socialdemocracia alemana y austriaca. El aplastamiento de un pequeño país neutral, el aplastamiento de Francia, todo se justifica por la necesidad de la lucha contra el zarismo. El voto a favor de los créditos de guerra es justificado por Haase con la necesidad de “conjurar el peligro del despotismo ruso”. Bernstein recurre a Marx y Engels y, utilizando viejos textos, lanza la consigna: “Ajuste de cuentas con Rusia”.

Südekum, descontento con el resultado de su misión italiana, ve el yerro de los italianos en no comprender el zarismo. Y cuando los socialdemócratas vieneses y de Budapest se colocan bajo la bandera de Habsburgo, que declara la “guerra santa” contra los serbios que luchan por la unidad nacional, sacrifican su honor socialista a la necesidad de la lucha contra el zarismo.

Pero no se trata sólo de los socialdemócratas. Toda la prensa burguesa alemana no quiere conocer actualmente otro objetivo que la destrucción de la autocracia zarista, que oprime a los pueblos de Rusia y amenaza la libertad de Europa.

El canciller del Reich denuncia a Francia e Inglaterra como vasallos del despotismo ruso. Incluso el general de división alemán von Morgen, sin duda probado “amigo de la libertad y la independencia”, hace un llamamiento a los polacos para que se rebelen contra el despotismo zarista.

Sin embargo, para nosotros, que, después de todo, hemos pasado por la escuela del materialismo histórico, sería vergonzoso que no reconociéramos las verdaderas conexiones de intereses a pesar de estas frases, mentiras, fanfarronadas, sucias vulgaridades y estupideces.

Nadie creará seriamente que el zarismo es tan odiado por la reacción alemana y que sus golpes se dirigen contra ella. Al contrario. Después de la guerra, como hasta ahora, el zarismo será para los gobernantes de Alemania la forma de gobierno más afín y cercana. El zarismo es indispensable para la Alemania de los Hohenzollern, por dos razones. En primer lugar, debilita a Rusia económica, cultural y militarmente al frenar su desarrollo como rival imperialista. En segundo lugar, la existencia del zarismo fortalece a la monarquía Hohenzollern y a la oligarquía de los junker. De no existir el zarismo, el absolutismo alemán se erigiría ante Europa como el último reducto de la barbarie feudal.

El absolutismo alemán nunca ha ocultado su interés consanguíneo por la existencia del zarismo, que es el mismo tipo social, aunque con formas más escandalosas. Intereses, tradición y simpatías conducen uniformemente a la reacción alemana al lado del zarismo. “La tristeza de Rusia, tristeza de Alemania”. Al mismo tiempo, sin embargo, con el zarismo a sus espaldas, los Hohenzollern pueden desfilarse, si no ante Europa

Austria-Hungría por los Aliados no nos acerca en nada a la solución del siguiente problema: cómo lograr que cohabiten y colaboren económica y culturalmente los pueblos de Europa central y sudoriental. Se han apretado desesperadamente los nudos. Sólo podrá cortarlos la espada del proletariado. L. Trotsky.

occidental, al menos sí ante su propio pueblo, como un baluarte de la cultura “contra la barbarie”.

“Con sincero dolor he visto quebrarse una amistad fielmente conservada por Alemania”, dijo Guillermo II en su discurso desde el trono tras la declaración de guerra. No se refería a Francia ni a Inglaterra, sino a Rusia, o más correctamente a la dinastía rusa, según la religión rusa de los Hohenzollern, como diría Marx.

Los socialdemócratas alemanes inculcan ellos mismos el plan político a Guillermo II y a su canciller, o se lo atribuyen después de todo: por un lado, crear las condiciones para un acercamiento a Francia e Inglaterra derrotándolas, y por otro, explotar la victoria estratégica sobre Francia para aplastar el despotismo ruso.

En realidad, sin embargo, los planes políticos de la reacción alemana tienen un carácter precisamente opuesto y no pueden tener otro.

Si la ofensiva destructiva contra Francia fue dictada por consideraciones estratégicas, si la “estrategia” no permitía tácticas defensivas en la frontera occidental, dejamos esta cuestión abierta por el momento.

Pero sólo aquellos que tienen razones para mantener los ojos cerrados no pueden ver que la política de los junker exigía la destrucción de Francia. Francia, ¡ese es el enemigo!

Eduard Bernstein, que honestamente se esfuerza en mediar para justificar la posición política de la socialdemocracia alemana, llega a las siguientes conclusiones: si Alemania fuera gobernada democráticamente, tampoco habría dudas sobre cómo podría lograrse el ajuste de cuentas con el zarismo. Una Alemania democrática conduciría la guerra hacia el este de forma revolucionaria. Llamaría a las naciones oprimidas por Rusia a resistir y les daría los medios para luchar seriamente por la liberación. Muy bien. Sin embargo (continúa Bernstein) Alemania no es una democracia, por lo que sería utópico (¡incluso!) esperar de ella una política semejante con todas sus consecuencias. (*Vorwärts* 28 de agosto) ¡Ya está! Pero aquí Bernstein rompe de repente el análisis de la política alemana real “con todas sus consecuencias”. Tras exponer la contradicción clamorosa de la posición de la socialdemocracia alemana, concluye sus observaciones con la inesperada esperanza de que una Alemania reaccionaria cumpla lo mismo que sólo sería capaz de cumplir una revolucionaria, *credo quia absurdum* [lo creo porque es absurdo]. Sin embargo, se podría objetar: la élite dirigente alemana no tiene naturalmente ningún interés en la lucha contra el zarismo. Pero Rusia se enfrenta ahora a Alemania como enemigo, y de esta guerra, de la victoria de Alemania sobre Rusia, el zarismo podría salir debilitado, si no derrumbarse por completo, independientemente de la voluntad de los Hohenzollern. ¡Viva Hindenburg, el gran instrumento inconsciente de la revolución rusa!, gritamos con el *Volksstimme* de Chemnitz. Larga vida al heredero prusiano al trono, ¡también una herramienta bastante inconsciente! ¡Viva el sultán turco, que ahora bombardea las ciudades rusas del mar Negro al servicio de la revolución! La feliz revolución rusa, ¡qué rápidamente se multiplican sus líneas de batalla! Pero tratemos de poner un aspecto serio a esta cuestión. ¿Acaso no podría la derrota del zarismo hacer avanzar realmente la causa de la revolución?

No hay nada malo en esta *posibilidad*. El Mikado y sus samuráis no estaban en absoluto interesados en la liberación de Rusia. Sin embargo, la guerra ruso-japonesa fue un poderoso impulso para los acontecimientos revolucionarios que la siguieron¹⁹.

¹⁹ La guerra ruso-japonesa por Manchuria y Corea comenzó con un ataque de los japoneses a Port Arthur el 8 de febrero de 1904. Los rusos perdieron en tierra y, en mayo de 1905, en la batalla de Tsushima, perdieron toda su armada. La paz se firmó en Portsmouth (New Hampshire, EEUU) en septiembre de 1905. La derrota rusa contribuyó a la Revolución de 1905.

Por tanto, también cabe esperar las mismas consecuencias de la guerra germano-rusa.

Pero para poder valorar políticamente tales posibilidades históricas hay que tener en cuenta las siguientes circunstancias.

Quienes piensan que la guerra ruso-japonesa provocó la revolución no conocen ni comprenden los acontecimientos y sus conexiones. La guerra sólo aceleró el estallido de la revolución. Pero también debilitó a la revolución. Pues si la revolución se hubiera desarrollado a partir del crecimiento orgánico de las fuerzas internas, se habría producido más tarde, pero con más fuerza y de forma más sistemática. En consecuencia, a la revolución no le interesa en absoluto la guerra. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, la guerra ruso-japonesa, al debilitar al zarismo, fortaleció el militarismo japonés. A la guerra ruso-alemana se aplican aún en mayor medida las dos consideraciones anteriores.

En el transcurso de los años 1912-1914, Rusia salió por fin del estado de depresión contrarrevolucionaria gracias al tremendo auge de la industria.²⁰

El crecimiento del movimiento revolucionario sobre la base de los levantamientos económicos y políticos de las masas trabajadoras, el crecimiento del sentimiento de oposición en las capas más amplias de la población, condujeron al país a una nueva época de convulsiones y luchas. Pero en contraste con los años 1902 a 1905, el movimiento se desarrolló de una manera incomparablemente más consciente y planificada y, además, sobre una base social mucho más amplia. Necesitó tiempo para madurar plenamente, pero de ningún modo las lanzas de los samuráis orientales, que, por el contrario, dieron al zar la oportunidad de desempeñar el papel de defensor de los serbios, belgas y franceses.

Suponiendo catastróficas derrotas rusas, la guerra *puede* propiciar un surgimiento más rápido de la revolución, pero al precio de su debilitamiento interno. Y, si incluso bajo tales condiciones, la revolución se impone, los ejércitos de los Hohenzollern girarán sus bayonetas contra ella. Y esta perspectiva, por su parte, no puede dejar de paralizar las fuerzas revolucionarias de Rusia, porque no se puede negar que detrás de las bayonetas de los Hohenzollern está el partido del proletariado alemán. Pero éste es sólo un aspecto de la cuestión. La derrota de Rusia presupone necesariamente victorias decisivas de Alemania y Austria en los demás teatros de la guerra, y esto significa el mantenimiento forzoso del caos político-nacional en el centro y sudeste de Europa, así como la dominación ilimitada del militarismo alemán en toda Europa.

Un desarme forzoso de Francia, los miles de millones en indemnizaciones, la inclusión forzosa de los vencidos en una frontera aduanera, un tratado comercial forzoso con Rusia, todo esto en combinación, haría al imperialismo alemán dueño de la situación durante varias décadas.

El giro en la política más reciente de Alemania, que comenzó con la capitulación del partido proletario ante el militarismo nacionalista, se fortalecería durante mucho tiempo, la clase obrera alemana se alimentaría material e idealmente de las sobras de la mesa del imperialismo victorioso, y la revolución social, por otra parte, recibiría un golpe en su corazón.

No es necesario demostrar que, bajo tales circunstancias, incluso una revolución rusa temporalmente victoriosa sólo podría ser un fracaso histórico.²¹

²⁰ Entre 1909 y 1913, la industria rusa creció enormemente: la producción de hierro aumentó en 60 toneladas de acero, los 20.000 km de raíles supusieron un 200% de aumento en su producción y la de traviesas aumentó en un 87%. [?].

²¹ En aquella época había que suponer, como lo hacían sobre todo los social-patriotas, que Alemania lograría la victoria en algunas semanas que el militarismo alemán aplastaría la revolución rusa. Pero, no habiéndose prolongado la guerra y no habiendo estallado la revolución más que tres años más tarde, la Europa burguesa, y victoriosa y vencida a la vez, estaba talmente agotada que no encontró las fuerzas para aplastarla. L. Trotsky, 1922.

Por consiguiente, el actual choque de pueblos, que han caído bajo el yugo del militarismo que las clases poseedoras han descargado sobre ellos, contiene en sí mismo las tremendas contradicciones que la guerra misma y los gobiernos que la dirigen no son capaces en modo alguno de resolver en interés del futuro desarrollo histórico.

Los socialdemócratas no podían ni pueden combinar sus objetivos con ninguna de las posibilidades históricas que encierra esta guerra, es decir, ni con la victoria de la Entente ni con la de la Triple Alianza.²²

La socialdemocracia alemana lo sabía muy bien en el pasado, y concretamente sobre la cuestión de la lucha contra el zarismo el *Vorwärts* escribió el 28 de julio:

“Pero entonces, ¿qué pasa si no se logra localizar el conflicto, si Rusia entra en escena? ¿Qué actitud debemos adoptar frente al zarismo? En esta pregunta reside la gran dificultad de la situación.

¿No ha llegado ya el momento de asestar un golpe mortal al zarismo, no será llevada a la victoria la revolución en Rusia cuando los ejércitos alemanes crucen la frontera rusa?”.

Examinando esta cuestión, el *Vorwärts* llega a la siguiente conclusión:

“¿Es seguro que la revolución rusa será llevada a la victoria si los ejércitos alemanes cruzan la frontera rusa? Es muy posible que este acto provoque el derrumbamiento del zarismo, pero ¿no lucharán los ejércitos alemanes y tratarán de aplastar a una Rusia revolucionaria con mayor energía aún que a la absolutista?”

Y más. El 3 de agosto, en vísperas de la histórica sesión del Reichstag, el *Vorwärts* escribió en su artículo titulado *Der Kampf gegen den Zarismus* [La lucha contra el zarismo]:

“Mientras la prensa conservadora, para regocijo de los países extranjeros, insulta al partido más fuerte del Reich como altos traidores, se intenta por otro lado aclarar a la socialdemocracia que la guerra que ahora es inminente es en realidad una vieja reivindicación socialdemócrata. La guerra contra Rusia, la guerra contra el zarismo manchado de sangre y, como se la llama desde hace algunos días en la prensa antes entusiasta de los knuts, contra el zarismo infiel, ¿no es una vieja reivindicación socialdemócrata desde el principio?

Esto es, en efecto, lo que se argumenta en una parte de la prensa burguesa, de hecho, en la parte más seria, y con ello sólo se demuestra el gran peso que se atribuye al estado de ánimo incluso de aquella parte del pueblo alemán que apoya a la socialdemocracia. Por eso ya no se dice: ¡La tristeza de Rusia, tristeza de Alemania! sino: ¡Abajo el zarismo! Por supuesto, desde que los líderes de la socialdemocracia antes mencionados (Bebel, Lassalle, Engels, Marx) exigieron la guerra democrática contra Rusia, ésta no se ha convertido en un mero bastión de la reacción, sino también en el corazón de la revolución. Derrocar al zarismo se ha convertido ahora en la tarea del pueblo ruso en general y del proletariado ruso en particular, y las últimas semanas han sido testigos del vigor con que la clase obrera rusa está afrontando esta tarea que la historia le ha encomendado... Y hasta ahora han fracasado todos los intentos nacionalistas de los “rusos verdaderos” para desviar el odio de las masas hacia el zarismo y desencadenar una agitación reaccionaria contra los países extranjeros, sobre todo contra Alemania. El proletariado ruso sabe demasiado bien que su enemigo no está al otro lado de sus fronteras, sino en su propio país. Nada fue más desagradable para los agitadores nacionalistas, los “rusos verdaderos” y paneslavistas, que la noticia de las grandes manifestaciones pacifistas de la socialdemocracia alemana. ¡Oh!, cómo se habrían alegrado si hubiera ocurrido lo contrario, si hubieran podido decir al proletariado revolucionario ruso: ¿qué queréis? ¡la socialdemocracia alemana está a la cabeza de los

²² La Triple Alianza, a la doble alianza de 1879 entre Alemania y Austria-Hungría se unió Italia en 1883. Italia se separó en 1906 en la Conferencia de Algeciras y se unió a las naciones de la “Entente” (Gran Bretaña, Francia y Rusia) en 1915.

belicistas contra Rusia! Y el padrecito²³ de Petersburgo habría respirado aliviado: ¡esa era la noticia que necesitaba! Ahora la columna vertebral de la revolución rusa, mi enemigo más peligroso, ¡está rota! La solidaridad internacional del proletariado se ha roto. ¡Ahora puedo desatar a la bestia nacionalista! ¡Estoy salvado!”

Así escribían los *Vorwärts* cuando Alemania ya había declarado la guerra a Rusia.

Estas palabras denotaban la posición honesta y viril del proletariado ante el chovinismo beligerante. *Vorwärts* comprendió y denunció admirablemente la ruin hipocresía de la Alemania gobernante, que de repente había tomado conciencia de su destino de liberar a Rusia del zarismo. *Vorwärts* advirtió a los obreros alemanes contra el chantaje político que la prensa burguesa quiere ejercer sobre su conciencia revolucionaria. No creáis a esos rufianes, decía *Vorwärts* a los proletarios alemanes, están codiciando vuestras almas, encubriendo sus intereses imperialistas con la mentira de la fraseología liberal. Os traicionan, a vosotros, a la carne de cañón que necesitan. Si consiguieran convencerlos, sólo ayudarían al zarismo asestando un terrible golpe moral a la revolución rusa.

Y si, a pesar de ello, la revolución rusa levantara la cabeza, esas mismas personas ayudarían al zarismo a sofocarla.

Este es el sentido de lo que *Vorwärts* enseñaba a la clase obrera hasta el 4 de agosto.

Y exactamente tres semanas más tarde el mismo *Vorwärts* escribía: “Liberación del moscovitismo, [...] libertad e independencia para Polonia y Finlandia, libre desarrollo para el propio gran pueblo ruso, disolución de la alianza antinatural de dos naciones cultas con la barbarie zarista, ese era sólo el objetivo que entusiasmaba al pueblo alemán y al que estaba dispuesto a sacrificarse”, y con el pueblo alemán también la socialdemocracia alemana y su órgano central.

¿Qué ocurrió entonces en estas tres semanas?, ¿qué hizo que *Vorwärts* renunciara a la postura que había adoptado inicialmente?

¿Qué ha ocurrido? Nada de importancia. Los ejércitos alemanes han estrangulado a la Bélgica neutral, han incendiado varias ciudades belgas, destruido Lovaina²⁴, cuyos habitantes se mostraron lo suficientemente criminales como para disparar con toda audacia, sin casco ni uniforme²⁵, contra los extraños armados que invadieron por la fuerza sus hogares. Durante estas tres semanas, los ejércitos alemanes llevaron la muerte y la destrucción al territorio de Francia, y el ejército austrohúngaro, que estaba aliado con ellos, inculcó el amor a la monarquía de los Habsburgo en los serbios del Sava y del Drina: estos son los hechos que aparentemente convencieron a *Vorwärts* de que los Hohenzollern estaban librando una guerra por la liberación de las naciones.

La Bélgica neutral fue aplastada, los socialdemócratas guardaron silencio. Y Richard Fischer vino a Suiza especialmente como enviado extraordinario del partido para explicar a la población de un país neutral que la destrucción de la neutralidad belga y el aplastamiento del pequeño pueblo era un fenómeno bastante natural. ¿Por qué tanto ruido? Cualquier gobierno de Europa habría actuado de la misma manera en lugar del alemán. Fue precisamente en ese momento cuando la socialdemocracia alemana no se reconcilió simplemente con la guerra como una obra real o supuesta de defensa nacional; no, adornó a los ejércitos de Hohenzollern-Habsburgo con la aureola de una campaña ofensiva-liberadora. ¡Qué caída sin precedentes para un partido que durante cincuenta

²³ “Padrecito”, zar de Rusia.

²⁴ Lovaina, sede del cuartel general belga en 1914, fue incendiada por el ejército alemán a partir del día 25 de agosto de 1914. La universidad y el ayuntamiento medievales, así como la biblioteca (fundada en 1426) se perdieron para la posteridad. Los civiles fueron ejecutados sumariamente. El saqueo duró seis días.

²⁵ “¡Genuinamente prusiana la declaración”, escribió Marx a Engels, “de que nadie puede defender su ‘patria’ si no es de uniforme!” L. Trotsky.

años enseñó a la clase obrera alemana a ver en el gobierno alemán al enemigo de toda libertad y democracia!

Mientras tanto, cada nuevo día de la guerra revela más y más el peligro europeo que los marxistas deberían haber previsto enseguida. Los principales ataques del gobierno alemán no se dirigían hacia el este, sino hacia el oeste, contra Bélgica, Francia e Inglaterra. Incluso si asumimos la improbabilidad de que sólo consideraciones estratégicas determinaran este plan de campaña de guerra, la trascendental lógica política de esta estrategia permanece en toda su fuerza, la necesidad de la derrota decisiva total de Bélgica, Francia y el ejército terrestre inglés para tener las manos libres contra Rusia. ¿No estaba claro, entonces, que lo que se declaró como una medida estratégica provisional, para consuelo de la socialdemocracia alemana, debía convertirse, por la fuerza de los hechos, en un objetivo independiente? Y cuanto más obstinada sea la resistencia de Francia, a la que realmente se le ha obligado ahora a la tarea de proteger su territorio y su independencia contra el ataque alemán, tanto más firmemente atará al ejército alemán en su frontera occidental; ¡cuanto más se agote Alemania en el proceso, menos fuerzas y ganas le quedarán para resolver su supuesta tarea principal, a saber, el “ajuste de cuentas con Rusia” que le atribuyen los socialdemócratas alemanes! Entonces la historia será testigo de una paz honorable entre las dos potencias más reaccionarias de Europa: entre Nicolás, a quien el destino había concedido benignas victorias sobre la monarquía de los Habsburgo²⁶, podrida hasta la médula, y Guillermo, que ajusta cuentas, pero no con Rusia, sino con Bélgica.

La alianza entre los Hohenzollern y los Romanov (tras el agotamiento y la humillación de los estados occidentales) significará una nueva época de la más negra reacción en Europa y en todo el mundo.

Con su política actual, la socialdemocracia alemana está preparando el terreno para este terrible peligro. Y este peligro se hará realidad si el proletariado europeo no interviene como factor revolucionario en los cálculos de las dinastías y los gobiernos capitalistas.

²⁶ “Sólo tales guerras pueden convenirle [a la diplomacia zarista]”, escribió Engels con razón en 1890, “en las que los aliados de Rusia tienen que soportar la carga principal, abandonar su territorio a la desolación, proporcionar la gran masa de los combatientes, y en las que el papel de reservas corresponde a las tropas rusas. Sólo contra los que son decididamente más débiles, como Suecia, Turquía, Persia, hace la guerra por su cuenta el zarismo. Ahora Austria-Hungría debe situarse en línea con Turquía y Persia.” L. Trotsky.

IV. La guerra contra occidente

A la vuelta de su viaje diplomático desde Italia, el Dr. Südekum escribió en el *Vorwärts* que los camaradas italianos no comprendían suficientemente la naturaleza del zarismo. Estamos totalmente de acuerdo con el Dr. Südekum en que es más fácil para un alemán comprender la naturaleza del zarismo, puesto que conoce diariamente de primera mano la naturaleza del absolutismo prusiano-alemán. Y estas dos “naturalezas” están muy relacionadas entre sí.

El absolutismo alemán representa una organización feudal-monárquica para la que el desarrollo del último medio siglo ha creado una poderosa base capitalista. La fuerza del ejército alemán, tal como volvemos a conocerla en su sangriento trabajo, consiste no sólo en el poder material-técnico de la nación, en la inteligencia y exactitud de los soldados obreros que han pasado por la escuela de la industria y las organizaciones de clase, sino también en su cuerpo de oficiales junker, con sus tradiciones de dominación, supresión de los de abajo y subordinación a los de arriba. El ejército alemán, como el estado alemán, representa una organización feudal-monárquica con recursos capitalistas inagotables. Los escritoruelos burgueses pueden parlotear todo lo que quieran sobre la superioridad del alemán, el hombre del deber, sobre el francés, el hombre del placer; la verdadera diferencia no reside en las características de la raza, sino en las condiciones sociales y políticas. El ejército permanente, este estado autónomo y autosuficiente dentro del estado, sigue siendo, a pesar de la conscripción universal, una organización de castas que requiere para su florecimiento la selección artificial de rangos y la coronación monárquica de la jerarquía de mando.

En su escrito *El nuevo ejército*, Jaurès demostró que Francia sólo podía tener un ejército defensivo construido sobre la base del armamento popular, es decir, la milicia. La república francesa burguesa expía ahora el hecho de haber querido tener en su ejército un contrapeso a las formas democráticas del estado. Creó, en palabras de Jaurès, “un régimen bastardo en el que formas obsoletas chocaban con formas en ciernes y se neutralizaban mutuamente”. Este desajuste entre el ejército permanente y el régimen republicano es la debilidad fundamental del sistema militar francés. Por el contrario, el atraso político verdaderamente bárbaro de Alemania le confiere una gran preponderancia militar. La burguesía alemana podía refunfuñar de vez en cuando si el espíritu de casta pretoriana del cuerpo de oficiales provocaba arrebatos como los de Zavern²⁷; podía poner

²⁷ Zavern, (Saverne), ciudad minera de Alsacia que no había sido completamente germanizada desde la anexión (1870), en 1913 fue escenario de fricciones entre el ejército y el pueblo. El teniente barón von Forstner había insultado a la bandera francesa mientras instruía a los reclutas. La historia se filtró y los reclutas fueron arrestados acusados de traicionar secretos militares. El 10 de noviembre de 1913, las tropas alemanas dispararon contra una multitud, Forstner les pidió que hicieran pasar un mal rato a los mineros. El 28 de noviembre, Forstner dijo que le habían insultado en la calle y se enviaron tropas armadas contra una multitud de mujeres, niños y lisiados. Se proclamó la ley marcial, se registraron casas y el juez y el fiscal de la ciudad fueron encerrados durante la noche con otras 28 personas. El 3 de diciembre, el Reichstag se ocupó del asunto y el ministro de Guerra Falkenheyn se negó a revelar el castigo impuesto a Forstner. El Reichstag aprobó una moción de censura contra el canciller Bethmann-Hollweg por 293 votos a favor y 54 en contra. El 19 de diciembre, los reclutas alsacianos fueron condenados a tres semanas por quejarse. El 4 de enero, Reuter, el oficial al mando, y Forstner fueron absueltos por el consejo de guerra. El príncipe heredero felicitó a Forstner y le instó a “seguir así...”. Reuter también fue condecorado con la Orden del Águila Roja.

cara irónica ante el príncipe heredero y su eslogan “¡Immer feste druff! [¡siempre firmes para golpearlos!]”; por mucho que la socialdemocracia alemana denunciara el maltrato sistemático de la persona del soldado alemán, que provocaba en los cuarteles alemanes el doble de suicidios que en otros países, ha sido la falta de carácter político de la burguesía y la ausencia de formación revolucionaria entre el proletariado alemán lo que permitió, sin embargo, a la casta dominante levantar el monstruoso edificio del militarismo que pone a los inteligentes y exactos obreros alemanes bajo el mando de los héroes de Zavern, y bajo su eslogan “¡Immer feste druff!”

¡Hans Delbrück está plenamente justificado al buscar la fuente del poder militar de Alemania en el bosque de Teutoburgo!²⁸

“La organización guerrera germánica más antigua”, dice, “se basaba en la lealtad de los príncipes como guerreros especialmente elegidos y una masa guerrera que comprendía a todo el pueblo. Eso es lo que tenemos hoy en día. ¡Qué diferentes se han vuelto las formas, cómo luchamos hoy, de cómo lo hacían nuestros antepasados en el bosque de Teutoburgo! La maravillosa técnica de los modernos rifles y morteros y esta maravillosa división de las inmensas masas, y sin embargo, básicamente, la misma organización de la guerra: el espíritu guerrero elevado a la máxima potencia, entrenado en el más alto grado en un cuerpo que entonces era pequeño, pero que hoy comprende muchos miles, lealmente comprometidos con su caudillo y considerados por él, todavía de forma similar a los antiguos príncipes, como sus camaradas, y todo el pueblo bajo su liderazgo y educado por ellos y disciplinado. *Aquí tenemos el secreto del carácter guerrero del pueblo alemán*”.

El comandante francés Driant mira, con la envidia no disimulada de un republicano a la fuerza, al emperador alemán con el uniforme blanco de los coraceros (seguramente el más imponente y guerrero de todos los uniformes) y se complace en verle pasar el tiempo “en medio de su ejército, esta familia propia de los Hohenzollern”.

La casta feudal, a la que hacía tiempo que le había llegado la hora de pudrirse política y moralmente, encontró de nuevo su conexión con la nación en el suelo del imperialismo. Y tan lejos llegó esta conexión con la nación que la profecía del comandante Driant, escrita hace algunos años, que hasta entonces sólo podía parecer la insinuación venenosa de un bonapartista secreto o la cháchara de un loco, se hizo realidad.

“El emperador es el comandante... y detrás de él toda la Alemania trabajadora se alza como un solo hombre... Los socialdemócratas de Bebel están en las filas con él, con el dedo en el gatillo, y también ellos no piensan en otra cosa más que en la salvación de la patria. Los diez mil millones de indemnización de guerra que Francia tendrá que pagar serán una mejor ayuda para ellos que las fantasías socialistas con las que se alimentaron justo hasta el día anterior.”

Sí, algunos periódicos socialdemócratas (!) ya están escribiendo sobre esta futura indemnización (no 10, sino 20 o 30 mil millones), con verdadero descaro lumpen.

La victoria de Alemania sobre Francia (una lamentable necesidad estratégica, en opinión de la socialdemocracia alemana) significaría, en primer lugar, no la derrota del ejército permanente en el régimen de la democracia republicana, sino la victoria de la constitución feudal-monárquica sobre la democrático-republicana.

La vieja raza de los Hindenburg, Moltke y Kluck, herederos especializados en cuestiones de asesinatos en masa, son una condición tan inevitable de las victorias alemanas como los cañones de 42 centímetros de diámetro, ¡la máxima expresión de la capacidad técnica del hombre!

Incluso ahora toda la prensa burguesa habla de la inquebrantabilidad de la monarquía alemana, reforzada por la guerra. E incluso ahora los eruditos alemanes (los

²⁸ En tiempos de Augusto, 9 d.C., una legión romana dirigida por Varo fue completamente aplastada por los teutones de Herman en el bosque de Teutoburgo.

mismos que proclamaron a Hindenburg doctor en ciencias) declaran que la esclavitud política es una forma superior de vida social.

“¡Qué poco capaces”, escriben, “se han demostrado en la tormenta la república democrática, la monarquía a la sombra del régimen parlamentario, y todas las demás cosas bellas que se alababan!”.

Y es insultante y vergonzoso leer los artículos de los socialistas franceses, que se mostraron demasiado débiles para romper la alianza de Francia con Rusia, o al menos para impedir la vuelta a los tres años de servicio militar obligatorio, y que, sin embargo, partieron con sus pantalones rojos para liberar a Alemania, ¡nos embarga un sentimiento de inexpresable indignación cuando leemos a la prensa del partido alemán alabar, en el lenguaje de esclavos exaltados, a la heroica casta de opresores hereditarios por sus hazañas de armas en el territorio de Francia!

El 15 de agosto de 1870, cuando los victoriosos ejércitos alemanes se acercaban a París, Engels escribió una carta a Marx en la que caracterizaba el confuso estado de la defensa francesa:

“Sin embargo, un gobierno revolucionario, si viene pronto, no debe desesperar. Pero debe abandonar a París a su suerte y continuar la guerra llevándola al sur. Entonces sería posible que semejante gobierno pudiera sostenerse hasta que pudieran comprarse armas y municiones y crearse un nuevo ejército organizado, con el cual el enemigo pueda ser gradualmente rechazado hasta la frontera. Esto sería un buen término de la guerra para los dos países, demostrando, así, que no pueden ser conquistados.”

Y hay quienes gritan con voz de ilotas borrachos: “¡A París!” y tienen la osadía de referirse al mismo tiempo a Marx y Engels. En qué sentido son más elevados que los liberales rusos triplemente despechados que se arrastran ante el ilustre comandante en jefe que está introduciendo la “Nagajka” rusa en la Galitzia oriental. ¡Cómo suena a cobarde presunción el discurso sobre el carácter puramente “estratégico” de la guerra en la frontera occidental! ¿Quién tiene eso en cuenta? Al menos no las clases dirigentes alemanas. Esas clases hablan el lenguaje de la convicción y la fuerza. Llaman a las cosas por su nombre. Saben lo que quieren y saben cómo luchar por sus objetivos.

Los socialdemócratas nos dicen que la guerra sirve a la causa de la independencia nacional. “¡Eso no es cierto!”, les responde el Sr. Arthur Dix:

“Así como la gran política del siglo anterior debía un rasgo básico particularmente marcado a la idea nacional, así los acontecimientos políticos mundiales del presente siglo están bajo el signo de la idea imperialista. Está llamada a dar impulso, marco y meta a la lucha por el poder de los grandes”. (*Der Weltwirtschaftskrieg* [La guerra económica mundial], 1914, p.3).

El mismo Sr. Arthur Dix escribe: “Fue una agradable señal de comprensión por parte de los círculos que tenían que preparar la guerra militarmente que, ya en la primera etapa de la guerra, el avance de nuestro ejército contra Francia y Rusia tuviera lugar precisamente allí donde era necesario mantener los particularmente valiosos recursos minerales alemanes libres de la penetración enemiga y ocupar aquellas partes del territorio enemigo que pudieran complementar nuestra propia posesión de riquezas del subsuelo.” (op. cit., p.38)

La “estrategia” de la que los socialistas hablan ahora con susurros reverentes, en realidad comienza su actividad con el robo de los recursos minerales.

Los socialistas nos dicen que la guerra está al servicio de la defensa nacional. Pero el Sr. Georg Irmer escribe claramente:

“Que no se diga siempre como algo evidente que el pueblo alemán ha llegado demasiado tarde a la competición por la economía y el poder mundiales, que el mundo ya está repartido. ¿Acaso no se ha repartido la tierra una y otra vez en todas las épocas de la historia?”. (*Los vom englischen Weltjoch* [Liberarse del yugo mundial inglés], 1914, p.42)

Los socialistas nos consuelan diciendo que Bélgica sólo ha sido aplastada temporalmente y que los alemanes abandonarán pronto los cuarteles belgas. Pero el Sr. Arthur Dix, que sabe bien lo que quiere y dice, escribe: “la salida alemana al océano Atlántico abierto, eso es lo que más teme Inglaterra. Por esta misma razón, sin embargo, no debemos dejar Bélgica fuera de nuestro alcance ni abstenernos de cuidar de que la costa, posiblemente desde Ostende hasta la desembocadura del Somme, no caiga de nuevo en manos de ningún territorio de estados que pueda convertirse en vasallo político de Inglaterra, sino que *quede asegurada en alguna forma a la influencia alemana*”.

Ahora, en incesantes batallas entre Ostende y Dunkerque, la sagrada “estrategia” cumple también este punto del programa de la Bolsa de Berlín.

Los socialistas nos dicen que la guerra entre Francia y Alemania es sólo un pequeño preludio de una alianza permanente entre ellas, pero el Sr. Arthur Dix descubre también aquí todas las cartas. Según él, no hay “más que una respuesta para nosotros: *¡la prosecución de la destrucción de la parte inglesa de la economía mundial y de los golpes mortales contra la economía nacional inglesa!*” “La política exterior del Imperio Alemán”, proclama el profesor Franz von Liszt, “está claramente marcada para las próximas décadas. ‘Protección contra Inglaterra’, esa debe ser nuestra consigna”. (*Ein mitteleuropaischer Staatenverband* [La Confederación de Estados de Europa Central], 1914, p.24)

“Debemos”, clama un tercero, “acabar con el más traicionero y despiadado de nuestros enemigos, debemos romper la tiranía que Inglaterra ejerce sobre los mares con puro egoísmo y desprecio desvergonzado de la ley.” La guerra no se libra contra el zarismo, sino principalmente contra la superioridad naval de Inglaterra.

“Bien puede decirse”, admite el profesor Schiemann, “que ningún éxito provocó tanta alegría como las derrotas de los ingleses en Maubeuge y San Quintín el 28 de agosto.”

Los socialdemócratas alemanes afirman que el principal objetivo de la guerra es “ajustar cuentas con Rusia”. Pero el anodino Herr Rudolf Theuden quiere entregar Galitzia a Rusia y, por si fuera poco, el norte de Persia. Entonces “(Rusia) habría conseguido tanto que podría estar satisfecha durante muchas décadas; incluso tal vez con ello se podría pensar en hacerla amiga nuestra”. Esto fue escrito incluso antes de los éxitos rusos en Galitzia. “¿Qué tenía que aportarnos la guerra?”, preguntó el Sr. Theuden, respondiendo:

“Lo principal, que Francia tendría que pagarnos [...] Francia tendría que cedernos, además de Belfort, la parte de Lorena limitada por el Mosela, y, en caso de resistencia obstinada, la parte de Lorena limitada por el Mosa; si hacemos del Mosela y del Mosa ríos fronterizos alemanes, los franceses podrían, de una vez por todas, perder la costumbre de pensar en hacer del Rin un río fronterizo francés.”

Los políticos y profesores burgueses nos dicen que el enemigo principal es Inglaterra, que Bélgica y Francia son una ruta abierta hacia el océano Atlántico, que las esperanzas de indemnizaciones pagadas por los rusos son, después de todo, utópicas; que Rusia es más ventajosa como amiga que como enemiga; que Francia tendrá que pagar en dinero y en tierra; y el *Vorwärts* exhorta a los trabajadores alemanes a resistir “hasta que la victoria sea finalmente nuestra”. Y al hacerlo nos dice que la guerra se libra por la independencia de la nación alemana y por la liberación de los pueblos de Rusia. ¿Qué significa eso al fin y al cabo? Evidentemente, no hay que buscar el pensamiento, la lógica y la verdad donde no los hay; aquí simplemente ebullición de sentimientos serviles y la podredumbre se arrastra por las páginas de la prensa obrera. Es evidente que la clase oprimida, que avanza aunque sea lenta y perezosamente hacia la libertad, debe a última hora arrastrar todas sus esperanzas y promesas a través de la suciedad y la sangre antes de que se alce en su alma la voz no adulterada: la voz del honor revolucionario.

V. La guerra defensiva

“Es necesario conjurar este peligro [el despotismo ruso], salvaguardar la cultura y la independencia de nuestro propio país. Aquí hacemos realidad lo que siempre hemos subrayado: no abandonamos a la patria en la hora del peligro [...] Guiados por estos principios, aprobamos los créditos de guerra”. Esta fue la declaración del grupo parlamentario socialdemócrata leída por Haase en la sesión del Reichstag alemán del 4 de agosto.

Aquí sólo se habla de la protección de la patria, y no se dice ni una palabra de la tarea “liberadora” de esta guerra con respecto a los pueblos de Rusia, que más tarde cantó en todos los tonos la prensa socialdemócrata; esa prensa, cuya lógica no iba a la par con su patriotismo, se esforzó espasmódicamente en presentar la guerra al mismo tiempo como una guerra puramente defensiva, cuya tarea era asegurar las posesiones alemanas, y como una ofensiva revolucionaria dirigida a la liberación de Rusia y Europa del zarismo.

Más arriba hemos mostrado con suficiente claridad por qué los pueblos de Rusia tienen todas las razones para declinar con agradecimiento la ayuda que se les ofrece a punta de bayonetas de los Hohenzollern. Pero, ¿qué decir del “carácter defensivo” de la guerra?

Sobre todo, lo sorprendente de la declaración de la socialdemocracia alemana no es sólo de lo que habla, sino aún más de lo que calla. Después de que Bethmann Hollweg anunciara en el Reichstag que ya se había roto la neutralidad con Bélgica y Luxemburgo con el propósito de atacar Francia, Haase no pronunció ni una palabra, ni un sonido sobre este hecho. Este silencio es tan monstruoso que uno se siente tentado de leer la declaración una segunda y una tercera vez, pero en vano: la declaración está escrita como si nunca hubieran existido Bélgica, Francia e Inglaterra en el mapa político de la socialdemocracia alemana.

Pero los hechos no desaparecen porque los partidos políticos hagan la vista gorda ante ellos. Y todo miembro de la Internacional tiene derecho a preguntar al camarada Haase: “¿Qué parte de los cinco mil millones concedidos por la fracción socialdemócrata estaba realmente destinada a la destrucción de Bélgica?”. Es muy posible que para proteger a la patria alemana del despotismo ruso fuera inevitable aplastar por el camino a la patria belga. Pero, ¿por qué la fracción socialdemócrata guardó silencio al respecto?

La razón es clara: el gobierno liberal inglés, deseoso de hacer popular la guerra entre las masas, invocó sólo la necesidad de proteger la independencia de Bélgica y la integridad de Francia, pero ocultó por completo su alianza con la Rusia zarista. Del mismo modo, y por los mismos motivos, la socialdemocracia alemana sólo habla a las masas de la guerra contra el zarismo, sin mencionar siquiera por su nombre a Bélgica, Francia e Inglaterra. Este hecho, por supuesto, no es precisamente halagador para la reputación internacional del zarismo. Sin embargo, es muy triste que la socialdemocracia alemana sacrifique su propia reputación al llamamiento a luchar contra el zarismo. Lassalle decía que toda gran acción política comienza por “decir lo que es”. ¿Por qué entonces la defensa de la patria comienza con un tímido ocultamiento de lo que es? ¿Acaso porque no resulta ser una “gran acción política”?

En cualquier caso, la defensa de la patria es un concepto muy amplio y elástico. La catástrofe mundial comenzó con el ultimátum de Austria a Serbia. En esto, por supuesto, Austria se guió únicamente por la necesidad de defender sus fronteras frente a su atribulado vecino. El respaldo de Austria fue Alemania. Su instigación, como ya sabemos, surgió de nuevo de la necesidad de seguridad del estado: “Sería absurdo creer”, escribió Ludwig Quessel al respecto, “que se podría tirar abajo un muro de este edificio multiforme [Europa] sin poner en peligro la seguridad de todo el edificio”.

Alemania abrió su “guerra defensiva” con el ataque a Bélgica, en el que la violación de la neutralidad belga sólo debía verse como un medio para irrumpir en Francia por la línea de resistencia más débil. A su vez, la derrota militar de Francia sólo debía aparecer como un episodio estratégico en la defensa de la patria.

Por buenas razones, esta interpretación no parecía del todo plausible a algunos patriotas alemanes. Conjeturaban otra situación mucho más acertada: Rusia, que ha entrado en una nueva era de armamentos de guerra, será mucho más peligrosa para Alemania dentro de dos o tres años de lo que es ahora; Francia, mientras tanto, habrá llevado a cabo por completo su contrarreforma de tres años [de servicio militar obligatorio]. ¿No está claro, como exige un bien entendido interés en la autodefensa, que Alemania no debe esperar a que el enemigo ataque, sino anticiparse dos años y tomar la ofensiva lo antes posible? ¿Y no está claro que tal guerra de agresión, provocada deliberadamente por Alemania y Austria, resulta ser en realidad una guerra defensiva preventiva? Por cierto, estas dos opiniones parecían combinarse no pocas veces en una sola. Es cierto que entre ellas hay alguna contradicción: una de ellas afirma que Alemania no quería ahora una guerra, sino que ésta le fue impuesta por la Triple Alianza; de la segunda se desprende que precisamente para la Triple Alianza la guerra era ahora desventajosa, y que precisamente por esta razón Alemania tomó la iniciativa de enfrentarse; pero esta contradicción se concilia sin dolor en el concepto salvador de una guerra defensiva.

Pero los beligerantes contrarios discuten con éxito las ventajas de una posición defensiva de Alemania. Francia no podía permitir que Rusia fuera derrotada por razones de legítima defensa. Inglaterra motiva su intervención con el hecho de que un fortalecimiento de Alemania en la desembocadura del Canal habría significado un peligro inmediato para las Islas Británicas. Por último, también Rusia habla exclusivamente de legítima defensa. Es cierto que nadie amenazó el territorio ruso. Pero las posesiones nacionales (recordémoslo) no son sólo territorio, sino también otros factores imponderables, incluida la influencia sobre estados más débiles. Serbia “pertenece” a la esfera de influencia rusa y sirve para mantener el llamado equilibrio en los Balcanes, no sólo el equilibrio entre las potencias balcánicas, sino también entre la influencia austriaca y la rusa. Un ataque austriaco victorioso contra Serbia amenazaba con romper este equilibrio a favor de Austria y, en consecuencia, significaba un ataque indirecto contra Rusia. Sin duda, Sasonov extrae su argumento más sólido de las palabras de Quessel: “Sería absurdo pensar que se podría tirar abajo una sola pared de este edificio de muchas caras sin poner en peligro la seguridad del conjunto”. No hace falta añadir que Serbia y Montenegro, Bélgica y Luxemburgo también pueden aportar pruebas del carácter defensivo de sus políticas. De este modo, todos estaban a la defensiva, ninguno era el agresor. Pero entonces, ¿qué sentido tiene contraponer la guerra defensiva a la ofensiva? Los criterios aplicados en tales casos son muy diferentes y no pocas veces bastante inconmensurables.

De importancia fundamental para nosotros, marxistas, es la cuestión del papel *histórico* de la guerra: ¿es capaz de promover eficazmente el desarrollo de las fuerzas productivas, las formas de estado, la aceleración de la concentración de las fuerzas

proletarias o, por el contrario, de obstaculizarlas? Esta evaluación materialista de las guerras está por encima de todas las consideraciones formales y, por su propia naturaleza, no tiene ninguna relación con la cuestión de la defensa o del ataque. Pero a veces estas expresiones formales designan, con mayor o menor justificación, la valoración histórica de la guerra. Cuando Engels decía que en 1870 los alemanes estaban a la defensiva, lo que menos tenía en mente eran las circunstancias políticas y diplomáticas inmediatas: lo decisivo para él era el hecho de que en esta guerra los alemanes defendían su derecho a la unificación nacional, que a su vez constituía la condición necesaria para el desarrollo económico del país y el agrupamiento socialista del proletariado. En este sentido, los pueblos cristianos de los Balcanes libraron una guerra defensiva contra los turcos, defendiendo su derecho a un desarrollo nacional independiente frente al dominio extranjero.

Independientemente de la valoración histórico-materialista de la guerra está la cuestión de sus precondiciones políticas mundiales inmediatas. La guerra de los alemanes con la monarquía bonapartista era históricamente inevitable, en esta guerra el derecho de desarrollo estaba del lado alemán. Pero estas tendencias históricas no predeterminaban por sí mismas la cuestión de qué parte estaba interesada en provocar la guerra precisamente en 1870. Ahora sabemos muy bien que las consideraciones políticas y militares mundiales movieron a Bismarck a tomar sobre sí la iniciativa real de la guerra. Pero también podría haber sido de otro modo: con mayor previsión y energía, el gobierno de Napoleón III podría haberse adelantado a Bismarck y haber iniciado la guerra unos años antes, lo que habría cambiado radicalmente la fisonomía política inmediata de los acontecimientos, pero históricamente no habría afectado a la evaluación de la guerra.

En tercer lugar, están las circunstancias de carácter diplomático. La tarea de la diplomacia a este respecto es doble: en primer lugar, debe provocar la guerra en el momento en el que, según las consideraciones internacionales y militares, sea más conveniente para su país; en segundo lugar, debe lograr este fin por medios que hagan recaer sobre el gobierno enemigo la carga de la responsabilidad del sangriento conflicto a los ojos de la opinión pública. La denuncia de los tejemanejes y argucias diplomáticas es una tarea de agitación política muy importante para la socialdemocracia. Pero independientemente de hasta qué punto lo consigamos, está claro que la red de intrigas diplomáticas no dice nada por sí misma, ni sobre el papel histórico de la guerra ni sobre sus verdaderos iniciadores. Mediante maniobras artificiales, Bismarck obligó a Napoleón III a declarar la guerra a Prusia, mientras que la iniciativa real de la guerra le correspondió al bando alemán.

Además, siguen criterios puramente militares. El plan estratégico de operaciones puede calcularse predominantemente para el ataque o la defensa, independientemente de qué bando haya declarado la guerra y en qué condiciones. Por último, los primeros pasos tácticos hacia la realización del plan estratégico no pocas veces desempeñan un papel importante en la valoración de la guerra como guerra de ataque o de defensa.

“Es una buena cosa [escribía Engels a Marx el 31 de julio de 1870] que los franceses ataquen primero en territorio alemán. Si los alemanes rechazan la invasión y siguen hasta invadir Francia, esto no producirá la misma impresión que si los alemanes hubieran entrado en Francia sin una invasión previa en su país. De esta manera la guerra resulta por parte de los franceses más bonapartista.”

Así, vemos en el ejemplo clásico de la guerra franco-alemana de 1870 que el criterio de guerra de ataque y defensa es bastante contradictorio para evaluar el choque de dos pueblos, por no hablar de varios. Si se desenredamos la pelota desde el final, se obtiene la siguiente conexión de los momentos ofensivos y defensivos. El primer paso *táctico* de los franceses pretendía (al menos en opinión de Engels) hacer entrar en la conciencia del pueblo la responsabilidad [alemana] del ataque sobre los franceses. Todo

el plan *estratégico* alemán tenía un carácter completamente ofensivo. Las gestiones *diplomáticas* de Bismarck obligaron a Bonaparte, en contra de su voluntad, a declarar la guerra y, de este modo, a aparecer en el papel de perturbador de la paz europea, mientras que, sin embargo, la iniciativa político-militar de la guerra pertenecía por entero al gobierno prusiano. Estas circunstancias no son en absoluto indiferentes para la valoración *histórica* de la guerra, pero no son en absoluto exhaustivas. La causa de esta guerra fue la progresiva lucha de los alemanes por la autodeterminación nacional, que chocaba con las pretensiones dinásticas de la monarquía francesa. Sin embargo, esta guerra nacional “defensiva” desembocó en la anexión de Alsacia-Lorena y se convirtió así, en su segunda etapa, en una guerra dinástico-conquistadora. En su relación con la guerra de 1870, Marx y Engels, como demuestra su correspondencia, procedieron principalmente a partir de consideraciones históricas generales. Por supuesto, no les era en absoluto indiferente quién y cómo se libraba la guerra. “¡Quién hubiera creído posible [escribe Marx con amargura] que 22 años después de 1848 una guerra nacional en Alemania tuviera tal expresión teórica!”. Pero un significado decisivo para Marx y Engels eran ¡las consecuencias objetivas de la guerra! “Si los prusianos ganan, la centralización del poder estatal es útil a la centralización de la clase obrera alemana”. Liebknecht y Bebel, sin embargo, partiendo de la misma valoración histórica de la guerra, se vieron obligados inmediatamente a tomar una posición política respecto a ella. Liebknecht y Bebel rechazaron en el Reichstag cualquier responsabilidad por esta guerra, y no lo hicieron en absoluto en contradicción con las opiniones de Marx y Engels sino, por el contrario, con su pleno acuerdo. La declaración que presentaron decía: “No podemos conceder los fondos exigidos al Reichstag para la conducción de la guerra, porque esto sería un voto de confianza al gobierno prusiano... Como opositores de principio a toda guerra dinástica, como socialrepublicanos y miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores, que combate a todos los opresores sin distinción de nacionalidad y pretende unir a todos los oprimidos en una gran liga fraternal, no podemos declararnos directa o indirectamente a favor de la presente guerra.”

Schweizer actuó de otro modo. Hizo de la valoración histórica de la guerra la línea directriz inmediata de la táctica, ¡uno de los engaños más peligrosos de todos!; Schweizer votó a favor de la guerra, y junto con los créditos votó también a favor de la política de Bismarck, mientras que precisamente por esta razón, para que la centralización del poder estatal que surgió de la guerra resultara beneficiosa para la causa socialdemócrata, la clase obrera tuvo que oponerse desde el principio a la centralización dinástico-junkeriana con su propia centralización de clase, llena de desconfianza revolucionaria hacia los gobernantes. Con su postura política, Schweizer interfirió en las propias consecuencias de la guerra que le llevaron a dar un voto de confianza a sus responsables subjetivos.

Cuatro décadas más tarde, como conclusión de la obra de su vida, Bebel escribió:

“La actitud que Liebknecht y yo adoptamos dentro y fuera del Reichstag al estallar la guerra y mientras ésta duró, ha sido durante décadas objeto de discusión y de feroces ataques. Al principio también en el partido; pero sólo por poco tiempo, luego se nos dio la razón. Confieso que no lamento en absoluto nuestra actitud de entonces y que, si ya hubiéramos sabido al estallar la guerra lo que llegamos a saber en el transcurso de los años siguientes sobre la base de publicaciones oficiales y extraoficiales, nuestra actitud habría sido aún más dura desde el primer momento. No nos habríamos abstenido, como ocurrió, en la primera petición de dinero para la guerra, habríamos tenido que votar directamente en contra.” (*Aus meinem Leben* [Sobre mi vida], Parte II, 1911, p.167)

Si comparamos la declaración Liebknecht-Bebel de 1870 con la anunciada por Haase en 1914, llegamos a la conclusión de que Bebel se equivocó cuando dijo: “¡Entonces se nos dio la razón!”. Pues la votación del 4 de agosto fue ante todo una

condena de la política de Bebel de hacía 44 años, ya que según la terminología de Haase habría que decir que Bebel había abandonado entonces a la patria en la hora del peligro.

¿Qué causas y consideraciones políticas llevaron al partido del proletariado alemán a renunciar a su tradición más brillante? No hemos oído una sola palabra de peso al respecto. Todos los argumentos que se han esgrimido están llenos de contradicciones y parecen comunicados diplomáticos redactados para justificar un acto que ya se ha realizado. El director del *Neue Zeit* escribe (con la bendición del camarada Kautsky) ¡que la posición de Alemania frente al zarismo es la misma que tenía frente al bonapartismo en 1870! “Toda la masa del pueblo alemán de todas las clases”, el editorialista trae tal cita de una carta de Engels, “se ha dado cuenta de que se trata precisamente de una cuestión de existencia nacional en primer lugar y, por tanto, se ha lanzado inmediatamente.” Por la misma razón, la socialdemocracia alemana había saltado ahora, era una cuestión de existencia nacional. “Lo que dijo Engels es igualmente cierto si se sustituye el zarismo por el bonapartismo”. Pero al menos sigue siendo plenamente válido el hecho de que Liebknecht y Bebel rechazaron demostrativamente el crédito financiero y político al gobierno en 1870. ¿No es igualmente cierto “si se sustituye el zarismo por el bonapartismo”? No obtenemos respuesta a esta pregunta.

Pero, ¿qué dijo realmente Engels en su carta con respecto a la táctica del partido obrero? “Que un partido político alemán en estas circunstancias pueda predicar la obstrucción total y anteponer toda clase de consideraciones secundarias a las principales me parece imposible.” ¡*Obstrucción total!* Pero entre la obstrucción total y la capitulación total de un partido político hay todavía un amplio espacio, y fue precisamente sobre este espacio sobre el que se distribuyeron las dos posiciones de Bebel y Schweizer en 1870. Marx y Engels estaban con Bebel contra Schweizer, el camarada Kautsky podía habérselo dicho a su portavoz, Hermann Wendel. Y si Simplificissimus reconcilia ahora las sombras de Bebel y Bismarck en las esferas celestiales, esto no es más que una denigración de los muertos. Si Simplificissimus y Wendel tienen derecho a despertar a alguien de su reposo sepulcral para afirmar la táctica actual de la socialdemocracia alemana, no es a Bebel, sino a Schweizer. Es su sombra la que pesa actualmente sobre el partido político del proletariado alemán.

Pero incluso la analogía entre la guerra de 1870 y la actual parece superficial y falsa en extremo. Dejemos de lado todas las conexiones internacionales. Olvidemos que la guerra significó ante todo la destrucción de Bélgica; que la principal potencia de ataque de Alemania no se lanzó contra el zarismo, sino contra la Francia republicana; olvidemos que el punto de partida de la guerra fue la aspiración de aplastar a Serbia y que uno de sus objetivos era fortalecer al archirreaccionario estado de Austria-Hungría. No queremos insistir en el hecho de que la revolución rusa, que ha resurgido tan tempestuosamente en los últimos años, recibió un duro golpe por la actitud de la socialdemocracia alemana. Queremos cerrar los ojos ante todos estos hechos, como hizo la socialdemocracia alemana el 4 de agosto, para la que no existen en el mundo ni Bélgica, ni Francia, ni Inglaterra, ni Serbia, ni Austria-Hungría. Queremos que sólo cuente Alemania.

En 1870 la valoración histórica de la guerra era clara: “Si ganan los prusianos, la centralización del poder estatal es útil a la centralización de la clase obrera alemana.” ¿Y ahora? ¿Qué condiciones se darán para la clase obrera alemana si los prusianos triunfan ahora?

La única ampliación territorial que la clase obrera alemana podría acoger con agrado, puesto que sería un añadido a la unidad nacional, es la unificación de la Austria alemana con Alemania: ¡la victoria de Alemania conlleva la conservación y fortalecimiento de Austria-Hungría! Cualquier otra ampliación de la patria alemana, sin

embargo, significa un nuevo paso hacia la transformación de Alemania de un estado nacional en un estado de nacionalidades, con todas las complicaciones resultantes para la lucha de clases del proletariado.

Ludwig Frank esperaba (y expresaba esta esperanza en el lenguaje de un lassalleano tardío) ocuparse más tarde, después de una guerra victoriosa, del “desarrollo interno” del estado²⁹. No cabe duda de que Alemania, tras la victoria, necesitará este “desarrollo interno” tanto como antes de la guerra. Pero, ¿facilitará la victoria este trabajo? La experiencia histórica de Alemania, como la de otros países, no justifica tales esperanzas. “Dábamos por sentado lo que hacían los que estaban en el poder (tras las victorias de 1870)”, cuenta Bebel en sus memorias. Era precisamente una ilusión del comité del partido creer en un arreglo liberal en el nuevo orden, que iba a ser concedido por el mismo poder que hasta entonces se había mostrado como el mayor enemigo de todo desarrollo liberal, ni siquiera digo democrático, y que ahora, como vencedor, ponía la bota de coracero en el cuello del nuevo Reich.” (Vol. II, p.188) No hay razón alguna para esperar otras consecuencias de una victoria desde arriba en el presente. Aún más. En los años setenta la casta de los junker prusianos tuvo que adaptarse por el momento a la nueva constitución imperial; no pudo sentirse de inmediato del todo a gusto; la Ley [anti] Socialista³⁰ llegó sólo 8 años después de las victorias. En estos 44 años la casta junker prusiana se ha convertido en la casta junker del Reich, y si, después de medio siglo de la más tensa lucha de clases, aparece a la cabeza de la nación victoriosa, no hay que dudar de que no habría sentido necesidad de los servicios de Luis Frank para el desarrollo interno del estado si éste hubiera regresado indemne de los campos de las victorias alemanas.

Pero mucho más importante que el fortalecimiento de las posiciones de clase de los gobernantes es la influencia que la victoria de Alemania ejercerá sobre el propio proletariado. La guerra ha surgido de los antagonismos imperialistas entre los estados capitalistas y, como ya se ha indicado, la victoria de Alemania sólo puede producir un resultado: conquistas territoriales a expensas de Bélgica, Francia y Rusia, tratados comerciales impuestos a los enemigos, nuevas colonias. La lucha de clases del proletariado se situaría así sobre la base de la hegemonía imperialista de Alemania, la clase obrera estaría interesada en el mantenimiento y el desarrollo de esta hegemonía, y el socialismo revolucionario estaría condenado durante mucho tiempo al papel de secta propagandística.

Si en 1870 Marx preveía correctamente un rápido desarrollo del movimiento obrero alemán bajo la bandera del socialismo científico, como resultado de las victorias alemanas, las condiciones internacionales dictan ahora un pronóstico exactamente opuesto: la victoria de Alemania significará el embotamiento del movimiento revolucionario, su aplanamiento teórico y la muerte de las ideas marxistas.

Pero se nos dirá que la socialdemocracia alemana no aspira en absoluto a la victoria. A esto tendremos que responder ante todo que eso no es cierto. Lo que quiere la socialdemocracia alemana, nos lo dice su prensa. Con dos o tres excepciones, día tras día le dice al obrero alemán que una victoria de las armas alemanas es *su* victoria. La toma de Maubeuge, el hundimiento de tres buques de guerra ingleses o la caída de Amberes despiertan en ella los mismos sentimientos que, de otro modo, la conquista de nuevas

²⁹ Ludwig Frank, socialpatriota muy conocido, alistado como voluntario cayó a inicios de la guerra.

³⁰ Las conocidas como leyes antisocialistas fueron preparadas por Bismarck ya desde 1862, se pusieron en marcha incluso antes de ser aprobadas por el Reichstag en octubre de 1878. En virtud de ellas se prohibía toda actividad extraparlamentaria de los socialistas. Las leyes fueron derogadas en 1890, el año de la caída de Bismarck.

circunscripciones o las victorias en las luchas salariales. No hay que perder de vista que la prensa obrera alemana, tanto la del partido como la sindical, constituye hoy un poderoso aparato que sustituye la educación de la voluntad de lucha de clases por la educación de la voluntad de victorias militares. No nos referimos aquí a los excesos chovinistas adversos de órganos individuales, sino al estado de ánimo básico de la inmensa mayoría de los periódicos socialdemócratas. La votación del grupo parlamentario del 4 de agosto parecía ser una señal para tal acción.

Pero la fracción no tenía en mente la victoria de Alemania. Hacía de su tarea únicamente la defensa contra el peligro exterior, la defensa de la patria. Nada más.

Aquí volvemos a la comparación de las guerras de defensa y las guerras de agresión. La prensa alemana, y con ella la prensa socialdemócrata, no cesa de repetir que Alemania se encuentra en una posición defensiva en esta guerra. Más arriba hemos establecido los criterios que se utilizan para distinguir una guerra de agresión de una guerra de defensa. Estos criterios son múltiples y contradictorios. Pero en el caso que nos ocupa, todos ellos atestiguan unánimemente que las hazañas militares de Alemania no pueden en modo alguno entrar en el concepto de una guerra defensiva, que, dicho sea de paso, no tiene absolutamente ningún significado para la táctica de la socialdemocracia.

Desde el punto de vista *histórico*, el joven imperialismo alemán, como ya sabemos, aparece como un imperialismo completamente agresivo-temerario. Acosado por el febril desarrollo de la industria nacional, el imperialismo alemán está perturbando el antiguo equilibrio de poder entre los estados y jugando el primer papel en la carrera de armamentos.

Desde el punto de vista de la *política mundial*, el momento actual parecía el más adecuado para que Alemania asestara un golpe aplastante a sus rivales, lo que, por supuesto, no disminuye un ápice la culpabilidad de los enemigos de Alemania.

El cuadro *diplomático* de los acontecimientos no deja lugar a dudas sobre el papel protagonista de Alemania en la provocación austriaca; el hecho de que la diplomacia zarista aparezca habitualmente aún más vil en esto no altera la cuestión. *Estratégicamente*, todo el plan de guerra alemán se basa en una impetuosa ofensiva.

Finalmente, el primer movimiento *táctico* del ejército alemán resulta ser la ruptura de la neutralidad belga.

Si todo esto es defensa, ¿qué significa atacar? Pero supongamos que el cuadro diplomático de los acontecimientos permitiera otras interpretaciones (aunque las dos primeras páginas del *Libro Blanco* ya hablan con bastante claridad), ¿no tiene el partido revolucionario de la clase obrera ningún otro criterio para determinar su política que los documentos que le muestra un gobierno que tiene el mayor interés en engañarle?

“Bismarck”, nos dice Bebel, “engañó a todo el mundo y consiguió crear la creencia de que Napoleón provocó la guerra y que él, el pacífico Bismarck, se encontró con su política en el papel de agredido.”

“Los acontecimientos que condujeron a la guerra fueron tan engañosos que se pasó totalmente por alto el hecho de que Francia, que declaró la guerra, no estaba preparada con su ejército para ninguna guerra, mientras que Alemania, que parecía ser la parte provocada a la guerra, había terminado de prepararse para la guerra hasta el último detalle y la movilización procedía como un reloj.” (*Aus meinem Leben* [Sobre mi vida], Vol. III, pp. 167 y 168.)

Más cautela crítica, al parecer, podría exigírsele a la socialdemocracia, ¡después de semejante precedente histórico!

Es cierto que Bebel no sólo repitió más de una vez que, en caso de ataque a Alemania, la socialdemocracia defendería a su patria. En el congreso del partido en Essen³¹, Kautsky le replicó:

“En mi opinión, no podemos comprometernos a compartir el entusiasmo del gobierno por la guerra toda vez que estamos convencidos de que una guerra de agresión es inminente”. Bebel, sin embargo, piensa que hoy ya estamos mucho más avanzados que en 1870; hoy ya podemos distinguir con precisión en cada caso si hay una guerra de agresión real o supuesta. Yo no quisiera asumir esta responsabilidad. No quisiera asumir la garantía de que ya podemos hacer una distinción tan precisa en cada caso, de que siempre sabremos si un gobierno nos está engañando o si realmente representa los intereses de la nación contra una guerra de agresión [...] Ayer fue agresivo el gobierno alemán, mañana el francés, y no podemos saber si pasado mañana no lo serán los británicos. Cambia todo el tiempo [...] En realidad, en caso de guerra, para nosotros no se trata de una cuestión nacional sino internacional, porque una guerra entre grandes estados se convierte en una guerra mundial, afecta a toda Europa y no sólo a dos países. Pero el gobierno alemán podría un día hacer creer a los proletarios alemanes que son ellos los atacados, el gobierno francés podría hacer creer lo mismo a los franceses y entonces tendríamos una guerra en la que los proletarios alemanes y franceses seguirían a sus gobiernos con el mismo entusiasmo y se asesinarían mutuamente y se cortarían el cuello. Eso hay que impedirlo y eso se impedirá si no aplicamos el criterio de la guerra de agresión, sino el de los intereses proletarios, que son al mismo tiempo intereses internacionales [...] Afortunadamente, es un malentendido, como si la socialdemocracia alemana quisiera juzgar en caso de guerra según puntos de vista nacionales y no internacionales, que se sintiera ante todo un partido alemán y en segundo lugar un partido proletario.”

Kautsky revela con espléndida claridad en este discurso los terribles peligros (que ahora se han convertido en una realidad aún más terrible) que se ocultan en el empeño de hacer depender la actitud de la socialdemocracia del indefinible y contradictorio juicio formal de una guerra, ya sea de agresión o de defensa. Bebel no respondió esencialmente a esto y su posición parecía bastante inexplicable, especialmente después de sus propias experiencias en 1870. Sin embargo, la posición de Bebel, a pesar de su insuficiencia teórica, tenía un significado político muy definido. Las tendencias imperialistas que crearon el peligro de guerra excluían la posibilidad de que la socialdemocracia esperara la salvación de la victoria de una de las partes combatientes. Por esta misma razón, toda la atención se dedicó a la prevención de la guerra; la tarea principal era mantener a los gobiernos temerosos de las consecuencias. “La socialdemocracia”, dijo Bebel, “estará en contra de aquel gobierno que tome la iniciativa de la guerra”. Con esto amenazaba al gobierno de Guillermo II: “¡No cuente con nosotros si un buen día le apetece estrenar sus morteros y cruceros blindados!”. Pero al mismo tiempo dijo también en dirección a Petersburgo y Londres: “¡Cuidense de atacar a Alemania fiándose en el falso cálculo sobre la obstrucción interna de la poderosa socialdemocracia alemana!” Sin incluir ningún criterio político, la opinión de Bebel significaba una amenaza política y esto simultáneamente en dos frentes, el interno y el externo. A todas las objeciones históricas y lógicas respondió obstinadamente: “Ya encontraremos los medios para desenmascarar al gobierno que dé el primer paso hacia la guerra; somos lo suficientemente inteligentes para hacerlo.” Esta posición amenazadora de la socialdemocracia, no sólo alemana sino también internacional, no quedó sin resultado. Los gobiernos hicieron realmente todo lo posible por retardar el estallido. Pero no sólo eso. Los monarcas y los diplomáticos, con redoblada atención, adaptaron sus pasos a la psicología pacífica de las masas, sisearon al oído de los dirigentes socialistas, olfatearon en el buró internacional, y crearon así un

³¹ El Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania se celebró en septiembre de 1907 en Essen.

ambiente gracias al cual fue posible que Jaurès, como Haase, afirmaran en Bruselas (pocos días antes del estallido de la guerra) que sus gobiernos no conocían otro objetivo que la preservación de la paz³². Y cuando estalló la tormenta, la socialdemocracia de cada país buscó al culpable ¡al otro lado de la frontera! El criterio de Bebel, que desempeñó un papel definitivo como amenaza, perdió todo su significado en el momento en que los primeros disparos resonaron a lo largo de las fronteras. La misma calamidad que Kautsky había predicho se hizo realidad.

Pero lo que sorprende a primera vista es que la socialdemocracia no sintiera de hecho la necesidad de un criterio político. En la catástrofe de la Internacional que vivimos, los argumentos se han caracterizado por una extraordinaria superficialidad; se contradecían entre sí, se alternaban y tenían una importancia subordinada en general; el meollo de la cuestión era que *había que defender la patria*. Independientemente de las perspectivas históricas de la guerra, de las consideraciones democráticas y de clase, ¡hay que defender la patria que nos ha sido dada históricamente! Defender no porque nuestro gobierno quería la paz, sino porque los enemigos nos “invadieron pérfidamente”, como escriben los internacionales, sino porque la guerra es un peligro para todo país beligerante, independientemente de las condiciones y la forma en que se produjo, de quién tiene razón y quién no en ella. Las consideraciones teóricas, políticas, diplomáticas y militares caen en ruinas como ante un terremoto, una conflagración o una inundación. El gobierno con su ejército se eleva a único poder protector y salvador. Las amplias masas vuelven en realidad a un estado prepolítico. Este estado de ánimo de las masas no requiere ser criticado, siendo sólo un estado de ánimo temporal, el reflejo elemental de la catástrofe. Otra cuestión, sin embargo, es la actitud de la socialdemocracia, representante política responsable de las masas. Las organizaciones políticas de las clases poseedoras y, sobre todo, del poder estatal, no se dejaron llevar simplemente por la corriente, sino que desarrollaron inmediatamente una actividad muy tensa y polifacética destinada a levantar este estado de ánimo apolítico y a unir a las masas en torno al ejército y al poder estatal. La socialdemocracia no sólo no desarrolló ningún tipo de actividad equivalente en sentido contrario, sino que desde el primer momento capituló ante la política del gobierno y ante el estado de ánimo elemental de las masas, y en lugar de armar a estas masas con la crítica y la desconfianza, aunque sólo fuera pasiva, ha acelerado con toda su actitud la transición de las masas a este estado prepolítico. Lo menos que podía haber hecho era infundirles respeto a las clases dominantes, pero en una llamativa disposición renunció a sus cincuenta años de tradiciones y obligaciones políticas.

Bethmann-Hollweg declaró que el gobierno alemán estaba totalmente de acuerdo con el pueblo alemán, y según las declaraciones y lo escrito en *Vorwärts*, dada la posición adoptada por la socialdemocracia, tenía todo el derecho a decirlo. Pero tenía otro derecho: si las circunstancias no le hubieran inducido a aplazar la polémica política hasta un momento más favorable, habría podido decir precisamente aquí, en la reunión del 4 de agosto, dirigiéndose a los representantes del proletariado socialista: “Hoy reconocéis, junto con nosotros, el hecho del peligro en que se encuentra nuestra patria, y junto con nosotros queréis conjurarlo con las armas en la mano. Pero este peligro no nació ni creció ayer mismo. Debíais saber algo antes sobre la existencia y las tendencias del zarismo. Sabíais que teníamos otros enemigos. ¿Qué derecho teníais a atacarnos cuando estábamos construyendo un ejército y una flota? ¿Con qué derecho nos negabais créditos militares año tras año, con el derecho de la traición o con el derecho de la ceguera? Si no

³² El 29 de julio de 1914, después de una reunión del Buró Socialista Internacional en Bruselas, Jaurès, el líder reconocido de los socialistas franceses, y Haase, presidente de la socialdemocracia alemana y jefe de su fracción en el Reichstag, pronunciaron un discurso en una reunión pública a la que asistió numeroso público. Jaurès rodeó a Haase con el brazo, en medio de los aplausos del público.

hubiéramos construido nuestro ejército contra vosotros, ahora estaríamos impotentes ante este mismo peligro ruso que también os ha hecho entrar en razón. Ningún crédito concedido ahora nos daría la oportunidad de recuperar lo que hubiéramos perdido; ahora estaríamos sin armas, sin cañones, sin fortificaciones. Con vuestro voto de hoy a favor de los cinco mil millones de créditos, reconocéis que vuestro rechazo anual del presupuesto no era más que una manifestación vacía y peor que eso: demagogia política; ¡porque en cuanto tuvisteis que pasar un serio examen histórico, renegasteis de todo vuestro pasado!”.

Así podría haber hablado el canciller alemán, y el discurso habría sonado esta vez bastante convincente. ¿Qué podría haber respondido Haase?

“Nunca hemos adoptado la postura de desarmar a Alemania frente a los peligros exteriores; tal tipo de pacificación siempre nos ha sido completamente ajena. Mientras las contradicciones internacionales generen por sí mismas los peligros de guerra, queremos que Alemania esté protegida de la invasión extranjera y del sometimiento. Pero luchamos por una organización militar que, en la vida interna del país, no pueda (como organización artificialmente adiestrada) servir para el sometimiento de clase, que no sea apta para las aventuras imperialistas en las relaciones internacionales, pero que al mismo tiempo sea invencible en la labor de defensa nacional. ¡Esa organización es la milicia! No podíamos confiaros la labor de la defensa nacional. Habéis convertido el ejército en una escuela de formación reaccionaria; habéis educado a vuestro cuerpo de oficiales en el odio a la clase más importante de la sociedad contemporánea, el proletariado. Sois capaces de poner en juego millones de vidas, no por los verdaderos intereses populares, sino por los intereses egoístas de la minoría gobernante, que disfrazáis con el nombre de la idea nacional y el prestigio del estado. No confiamos en vosotros, y por eso gritábamos anualmente: “¡Ni un hombre ni un céntimo a este gobierno de clase!”.

“Pero ¡cinco mil millones! ...”, podría interrumpir una voz tanto de la izquierda como de la derecha.

“Desgraciadamente, ahora no tenemos elección: no poseemos otro ejército que el que han creado los actuales amos de Alemania, y el enemigo está a las puertas. En este momento no podemos sustituir el ejército de Guillermo II por una milicia popular, y si es así, no podemos negar alimentos, ropa y material de guerra al ejército que nos defienda, sea cual sea. Ni renegamos de nuestro pasado ni renunciamos a nuestro futuro, nos vemos obligados a votar a favor de los créditos de guerra.” Eso seguiría siendo lo más convincente que Haase podría haber planteado.

Pero si con tales consideraciones se puede explicar por qué los obreros socialistas, como *ciudadanos*, y no la organización militar, no obstruyeron, sino que cumplieron lo que las circunstancias les obligaban como deber cívico, esperaríamos en vano una respuesta a la pregunta principal, ¿por qué la socialdemocracia, como organización política de una clase a la que se niega una participación en el gobierno, como enemiga irreconciliable de la sociedad burguesa, como partido republicano, como rama de la Internacional, asumió la responsabilidad de los actos cometidos por sus irreconciliables enemigos de clase?

Si hoy no tenemos todavía la posibilidad de sustituir el ejército de Hohenzollern por una milicia, eso no significa que debemos asumir hoy la responsabilidad de las operaciones de ese ejército. Si luchamos contra la monarquía, la burguesía y el militarismo en el momento de su pacífica normalidad y nos comprometemos en esta lucha con toda nuestra autoridad ante las masas, cometemos el mayor crimen contra nuestro futuro en cuanto ponemos esta autoridad a disposición de la monarquía, la burguesía y el militarismo en el momento en que se muestran en los terribles, antisociales y bárbaros métodos de la guerra.

La nación o el estado no pueden eximirse de la defensa. Pero si nos negamos a depositar nuestra confianza en los gobernantes, de ninguna manera estamos privando al estado burgués de armas y medios de defensa, así como de ataque, mientras no seamos lo suficientemente fuertes como para arrebatárle el poder de sus manos. Somos un partido de oposición y no de poder, tanto en la guerra como en la paz. De este modo servimos también con mayor seguridad a esa tarea parcial que la guerra pone tan agudamente de relieve: la obra de la independencia nacional. La socialdemocracia no puede apostar el destino de una nación, propia o extranjera, al éxito militar. Al hacer responsable al estado capitalista de los métodos con los que protege su independencia, de la violación y aplastamiento de la independencia de otros estados, la socialdemocracia sienta las bases de una verdadera independencia nacional en la conciencia de todos los camaradas del pueblo. Preservando y desarrollando la solidaridad internacional de los trabajadores, aseguramos la independencia de la nación, incluso del calibre de los morteros. Si el zarismo es un peligro para la independencia de Alemania, el único remedio prometedor contra este peligro es el que depende de nosotros: la solidaridad de las masas trabajadoras de Rusia y Alemania. Pero esta solidaridad socava la política que permite a Guillermo II declarar que todo el pueblo alemán le apoya. ¿Qué debemos decir los socialdemócratas rusos a los obreros rusos, cuando las balas con que los obreros alemanes les disparan llevan el sello político y moral de la socialdemocracia alemana? “No podemos hacer nuestra política para Rusia, la hacemos para Alemania”, me respondió uno de los más distinguidos funcionarios del partido alemán cuando le planteé esta cuestión³³. Y en aquel momento sentí con la más dolorosa claridad el golpe que se había asestado a la Internacional desde su seno.

El asunto no mejora, naturalmente, en el caso en el que los partidos socialistas de los *dos* países beligerantes han ligado su destino al de sus gobiernos, como en Alemania y Francia. Ningún poder exterior, ninguna confiscación, ninguna detención y ninguna destrucción podrían asestar a la Internacional un golpe tan duro como el que ella misma se asestó cuando capituló ante el monstruo estatal cuando éste empezó a utilizar el lenguaje del fuego y del hierro.

En su discurso de Essen, Kautsky (como argumento lógico, en absoluto como posibilidad real) dibujó el terrible cuadro del hermano que se levanta contra el hermano bajo el signo de la “guerra defensiva”. Ahora que este cuadro se ha convertido en una sangrienta realidad, Kautsky se esfuerza en reconciliarnos con él. No ve el hundimiento de la Internacional. “El contraste entre los socialistas alemanes y franceses no reside en el criterio, ni en la concepción fundamental, sino en la diferente concepción de la situación, que surge a su vez de la diferencia en la posición geográfica (!) de los jueces. Por tanto, esta oposición será difícilmente superada mientras dure la guerra: sin embargo, no es una oposición de principio, sino que ha surgido de una situación particular y, por tanto, no tiene por qué durar más que ella”. (*N.Z.* 33. Jg. p.3). Cuando Guesde y Sembat aparecen como ayudantes de Poincaré, Declassé y Briand y como adversarios de Bethmann Hollweg, cuando los obreros franceses y alemanes se degüellan mutuamente, y no como hermanos obligados de la república burguesa y de la monarquía Hohenzollern, sino como socialistas que cumplen su deber bajo la dirección espiritual de sus partidos, no se trata de un hundimiento de la Internacional; “el criterio” es uno y el mismo con el socialista alemán que degüella al francés y con el socialista francés que degüella al alemán. Si Ludwig Frank tomó las armas, no fue para expresar una “oposición de principio” a los socialistas franceses, sino para abatirlos en plena unanimidad de

³³ El viejo Molkenbuhr, con el que me encontré a principios de la guerra en Zúrich. L. Trotsky, 1922.

principios, y si el propio Frank cayese por la bala de un francés (quizás también de un compañero de fracción socialista) no hay aquí ningún daño al “criterio” común, es sólo la consecuencia de “la diferencia de situación geográfica”. Verdaderamente, es amargo leer tales líneas, doblemente amargo que provengan de la pluma de Kautsky.

La Internacional siempre estuvo en contra de la guerra. “Si, a pesar de todos los esfuerzos de la socialdemocracia, sobreviene la guerra”, dice Kautsky, “entonces cada nación debe defenderse lo mejor que pueda”. De ello se desprende para la socialdemocracia de todas las naciones el mismo derecho o el mismo deber de participar en esta defensa y no puede reprochárselo (!) a la otra”. (op. cit., p.7).

Este criterio común es de tal naturaleza: defender el propio pellejo, golpearse mutuamente el cráneo para defenderse, sin “reprocharse” nada. Pero, ¿la cuestión se resuelve por la unidad del criterio y no por su contenido? En el caso de Bethmann-Hollweg, Sasonow, Grey y Delcassé también hay completa uniformidad de criterio; tampoco hay oposición de principios entre ellos; son los que menos derecho tienen a reprocharse mutuamente nada, su comportamiento surge sólo de “la diferencia de posición geográfica”; si Bethmann hubiera sido ministro inglés, habría actuado de la misma manera que Sir Grey. Su criterio es el mismo que el de sus cañones, que sólo se diferencian entre sí por su calibre. La cuestión, sin embargo, es si podemos hacer nuestro su criterio. “Afortunadamente, es un malentendido pensar que la socialdemocracia alemana debiera juzgar en caso de guerra según puntos de vista nacionales y no internacionales, que se sintiera principalmente un partido alemán y secundariamente proletario”. Así habló Kautsky en Essen. Y ahora que el punto de vista internacional común a todos los partidos obreros de la Internacional ha sido sustituido en cada partido por el nacional, Kautsky no sólo se reconcilia con este “malentendido”, sino que busca en él una unidad de criterio y la garantía del renacimiento de la Internacional.

“En cada estado nacional, el proletariado debe consagrar también toda su energía a mantener intactas la independencia y la unidad del territorio nacional. Esta es una pieza esencial de la democracia, base necesaria para la lucha y la victoria del proletariado.” (op. cit., p.4.)

Pero, ¿qué ocurre en tal caso con la socialdemocracia austriaca? ¿Debe también dedicar toda su energía a la preservación de la monarquía danubiana no nacional y antinacional? ¿Y la socialdemocracia alemana? Al enredarse políticamente con su ejército, no sólo promueve el mantenimiento del caos nacional austrohúngaro, sino que facilita la destrucción de la unidad nacional de la propia Alemania. *La unidad nacional se ve amenazada no sólo por la derrota, sino también por la victoria.* Desde el punto de vista del proletariado europeo, es igualmente perjudicial que una parte del territorio francés sea anexada a Alemania, o que una parte del suelo alemán sea anexado a Francia. Por último, el mantenimiento del statu quo europeo no figura en modo alguno como nuestro programa; el mapa político de Europa está trazado con la punta de la bayoneta que ha pasado por encima del cuerpo vivo de las naciones en todas las fronteras. Al apoyar con su energía a sus gobiernos nacionales (o antinacionales), la socialdemocracia deja de nuevo la corrección del mapa de Europa al poder y la perspicacia de la bayoneta. Al hacer pedazos la Internacional, la socialdemocracia destruye el único poder capaz de oponerse a la actividad de la bayoneta con su programa de independencia nacional y democracia, y de realizar este programa en mayor o menor grado, independientemente de cuál de las bayonetas nacionales se corone con la victoria.

La vieja experiencia se ha confirmado recientemente: si la socialdemocracia antepone sus tareas nacionales a sus tareas de clase, comete el mayor crimen no sólo contra el socialismo, sino también contra el interés bien entendido de la nación.

VI. La quiebra de la Internacional

En la conferencia de su partido en París, dos semanas antes de que estallara la catástrofe, los socialistas franceses insistieron en comprometer a todas las secciones de la Internacional en la acción revolucionaria en caso de movilización. Pensaban sobre todo en la socialdemocracia alemana. El radicalismo de los camaradas franceses en cuestiones de política exterior no tenía tanto raíces internacionales como nacionales. Los acontecimientos de la guerra acabaron por confirmar lo que ya estaba claro para muchos. El partido socialista francés quería alguna garantía de su partido hermano alemán de que Francia permanecería intocable. Sólo entendiéndose así con el proletariado alemán habrían creído los socialistas franceses tener por fin las manos libres para una lucha decisiva contra el militarismo nacional. La socialdemocracia alemana, por su parte, se negó rotundamente a asumir una obligación de este tipo. Bebel demostró que, si los partidos socialistas firmaban la resolución francesa, no podrían cumplir sus obligaciones en el momento decisivo. En la actualidad, apenas se puede dudar de que Bebel tenía razón. Como han vuelto a demostrar los acontecimientos, el periodo de movilización paraliza casi por completo al partido socialista; en todo caso, excluye la posibilidad de aplazar la acción. En cuanto se anuncia la movilización, la socialdemocracia se encuentra frente a frente con el poder concentrado del gobierno, que cuenta con un poderoso aparato militar dispuesto a aplastar todos los obstáculos que se interpongan en su camino, con la colaboración incondicional de todos los partidos e instituciones burguesas.

No menos importante es el hecho de que la movilización despierta y pone en pie a aquellos círculos cuya importancia económica es mínima y que en tiempos de paz no desempeñan casi ningún papel político. Cientos de miles y millones de pequeños artesanos, lumpenproletarios, pequeños campesinos y obreros agrícolas, serán adscritos a las filas del ejército, revestidos con el uniforme del emperador cada uno de ellos, significa tanto una unidad y, además, un obrero con conciencia de clase. Sus familias son despertadas forzosamente de una aburrida indiferencia y se interesan por el destino del país. En todos estos círculos, en los que nuestra agitación casi no penetra y a los que nunca arrastrará en condiciones ordinarias, la movilización y la declaración de guerra despiertan nuevas expectativas. Confusas esperanzas de un cambio en el actual estado de cosas, un giro a mejor, se apoderan de las masas que han sido arrancadas de la apatía de la miseria y la servidumbre. Aquí ocurre lo mismo que al comienzo de una revolución, pero con la diferencia decisiva de que la revolución vincula a estos círculos del pueblo recién despertados con la clase revolucionaria, mientras que la guerra los vincula con el gobierno y el ejército. Si en la revolución todas las necesidades insatisfechas, todos los sufrimientos acumulados, todas las esperanzas anhelantes encuentran su expresión en el entusiasmo revolucionario, en este caso los mismos sentimientos sociales toman temporalmente la forma de la embriaguez patriótica. Amplios círculos de la clase obrera influidos por el socialismo se ven arrastrados por la misma corriente. La vanguardia socialdemócrata se siente en minoría, sus organizaciones quedan devastadas con la implementación de la organización del ejército. En tales circunstancias no puede hablarse de acción revolucionaria por parte del partido. Y todo esto es bastante independiente de la evaluación de la guerra. A pesar de su carácter colonial y de su impopularidad en el

país, la guerra ruso-japonesa sofocó casi por completo el movimiento revolucionario en el curso de los seis primeros meses. Por lo tanto, es evidente que, con toda su buena voluntad, los partidos socialistas no podían asumir la obligación de la obstrucción total en el momento de una movilización, es decir, precisamente en el momento en que el socialismo demuestra estar políticamente más aislado.

Por lo tanto, el hecho de que los partidos obreros no se opusieran a la movilización militar con su movilización revolucionaria no es inesperado ni desalentador. Si los socialistas se hubieran limitado a pronunciar su juicio sobre la guerra actual, a rechazar toda responsabilidad en ella, a negar la confianza en sus gobiernos y en los créditos de guerra, su deber se habría cumplido por el momento. Habrían adoptado una posición política de espera, cuyo carácter de oposición habría sido igualmente claro para los gobernantes y las masas. Las acciones ulteriores habrían surgido del curso objetivo de los acontecimientos y de los cambios que los sucesos de la guerra debían producir en la conciencia popular. El vínculo interno de la Internacional se habría mantenido, la bandera socialista habría permanecido inmaculada; la socialdemocracia, temporalmente debilitada, habría conservado sus manos libres para interferir decisivamente en los acontecimientos tan pronto como se hubiera producido el cambio en el estado de ánimo de las masas trabajadoras. Y se puede decir con certeza: toda la influencia sobre las masas que la socialdemocracia hubiese perdido con tal actitud al principio de la guerra, la habría recuperado tras el inevitable hundimiento.

Si esto no ocurrió, si la señal de la movilización para la guerra se convirtió también en la señal de la caída de la Internacional, si los partidos obreros nacionales, sin ni una protesta entre ellos, se unieron a sus gobiernos y ejércitos, tiene que haber causas profundas para ello y causas comunes a toda la Internacional en esto. Estas causas no hay que buscarlas en los errores personales, en la estrechez de miras de los dirigentes y de los comités ejecutivos de los partidos, sino en las condiciones objetivas de aquella época en que nació y se construyó la Internacional Socialista. Esto no significa que haya que justificar nunca la falta de fiabilidad de los dirigentes y la confusa insuficiencia de las ejecutivas de los partidos. En absoluto. Pero no son factores fundamentales. Esos factores hay que buscarlos en las condiciones históricas de toda la época. Para esta época (y hay que darse cuenta claramente de ello) no se trata de errores individuales, no de combinaciones oportunistas, no de torpes declaraciones desde la tribuna parlamentaria, no del voto de los socialdemócratas granducales de Baden a favor del presupuesto³⁴, no de experimentos individuales de ministerialismo francés y de arribismo socialista; se trata del fracaso completo de la Internacional en la época histórica de más responsabilidad, para la cual toda la obra del socialismo realizada hasta ahora sólo puede considerarse como una preparación. La retrospectiva histórica permite constatar fácilmente toda una serie de hechos y síntomas que deberían haber causado alarma en cuanto a la profundidad y firmeza del internacionalismo en el movimiento obrero.

No hablamos de la socialdemocracia austriaca. En vano los socialistas rusos y serbios buscaron en los artículos de contenido político mundial de la *Wiener Arbeiter-Zeitung* [Periódico obrero de Viena] citas que pudieran transmitir a los obreros serbios y rusos sin avergonzarse de la Internacional. La defensa del imperialismo austroalemán no sólo contra sus adversarios externos, sino también contra los internos (¡*Vorwärts* era uno de ellos!) siguió siendo siempre una de las directrices más destacadas de este periódico. Puede decirse, sin ironía, que en la actual crisis de la Internacional el *Wiener Arbeiter-Zeitung* se ha mantenido de lo más fiel a su pasado.

³⁴ En 1904, en el Landtag de Baden (Alemania del Sur), una coalición entre socialdemócratas y liberales elaboró y votó un presupuesto. Era la primera vez que un socialista votaba a favor de un presupuesto capitalista.

El socialismo francés tenía en un polo una fuerte expresión patriótica, no exenta de hostilidad hacia Alemania; en el otro, jugaban los colores más vivos del antipatriotismo hervéano [Hervé], que, como demuestra la experiencia, se convierte fácilmente en su contrario.

El patriotismo de Hyndman, demostrado y tory³⁵, que complementa su radicalismo sectario, ha causado a menudo dificultades políticas a la Internacional.

En menor medida, podían observarse síntomas nacionalistas en la socialdemocracia alemana. Es cierto que el oportunismo de los alemanes del sur se desarrolló en el terreno del particularismo, que era el nacionalismo alemán en octava [=en miniatura]. Pero a los alemanes del sur se les consideraba, con razón, la retaguardia del partido. La promesa de Bebel de empuñar el fúsil en caso de peligro tuvo una acogida dividida en el partido. Y cuando Noske repitió la misma frase, la prensa del partido se ensañó con él. En general, la socialdemocracia alemana se adhirió más estrictamente a la línea internacional que ningún otro de los antiguos partidos socialdemócratas. Pero fue precisamente por esta razón por la que rompió de forma más brusca con su pasado. A juzgar por las declaraciones formales del partido y los artículos de la prensa, no existe conexión alguna entre el ayer y el hoy del socialismo alemán. Está claro, sin embargo, que esta catastrófica convulsión no habría podido producirse si sus condiciones previas no se hubieran preparado en la época pasada: el hecho de que dos partidos jóvenes, el serbio y el ruso, se mantuvieran fieles a sus deberes internacionales no es en absoluto una confirmación de la filosofía filisteá que considera la fidelidad a los principios como una expresión natural de inmadurez. Pero este hecho nos lleva a buscar las causas del hundimiento de la II Internacional en las mismas condiciones de su desarrollo, que sobre sus jóvenes miembros ejercieron menor influencia.

El *Manifiesto Comunista*, escrito en 1847, concluye con las palabras “¡Proletarios de todos los países, uníos!”³⁶. Pero esta consigna apareció demasiado pronto para convertirse inmediatamente en una realidad viva. El orden del día histórico en aquel momento era la revolución burguesa de 1848. A los propios autores del *Manifiesto* no se les asignó el papel de dirigentes de un proletariado internacional en esta revolución, sino el de luchadores de la extrema izquierda de la democracia nacional.

La revolución de 1848 no resolvió ninguno de los problemas nacionales, sólo los planteó. La contrarrevolución y el auge industrial rompieron el hilo del movimiento revolucionario. Pasó una nueva década de calma, hasta que las contradicciones que no habían sido resueltas por la revolución volvieron a intensificarse hasta tal punto que exigieron la intervención de la espada. Esta vez, sin embargo, no era la espada de la revolución la que había caído de las manos de la burguesía, sino la espada de la guerra sacada de la vaina dinástica. Las guerras de 1859, 1864, 1866 y 1870 crearon una nueva Italia y una nueva Alemania. Los feudales, a su manera, cumplieron el legado de la revolución de 1848. La bancarrota política de la burguesía, expresada en este intercambio histórico de papeles, se convirtió en un acicate decisivo para un movimiento proletario independiente sobre la base del rápido desarrollo capitalista.

³⁵ Tory, conservadores ingleses a los que perteneció Hyndman en su juventud. Fue el líder de la organización socialdemócrata británica hasta la guerra.

³⁶ *Manifiesto Comunista (anexos)*, página 45 del formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#).

En 1863, Lassalle fundó en Alemania la primera asociación política obrera³⁷. En 1864, bajo la dirección de Marx, se crea en Londres la Primera Internacional³⁸. La consigna final del *Manifiesto Comunista* pasa a la primera circular de la Asociación Internacional de los Trabajadores³⁹. Es muy característico de las tendencias del movimiento obrero moderno que en sus primeros pasos cree una organización de carácter internacional. Sin embargo, esta organización aparece mucho más como una anticipación de las necesidades ulteriores del movimiento que como un verdadero aparato director de la lucha de clases. Seguía existiendo un gran abismo entre el objetivo último de la Internacional, la revolución comunista, y su práctica inmediata, que era predominantemente la participación internacional en el caótico movimiento obrero de los trabajadores en los distintos países. Incluso los creadores de la Internacional esperaban que el curso revolucionario de los acontecimientos superara la discrepancia entre ideología y práctica en el menor tiempo posible. El Consejo General, al mismo tiempo que transfería sumas de dinero a los distintos grupos de Inglaterra y del continente, hacía intentos clásicos de unir la acción de los obreros de todos los países en el terreno de la política mundial.

Pero estos esfuerzos no tenían todavía una base material suficiente. La actividad de la Primera Internacional coincide con aquella época bélica que allanó el camino al desarrollo capitalista en Europa y Norteamérica. Los intentos de intervención por parte de la Internacional, a pesar de toda su significación principista y pedagógica, no podían sino hacer sentir más claramente a los obreros más avanzados de todos los países su impotencia frente al estado nacional de clase. La Comuna de París, que estalló a raíz de la guerra, fue la culminación de la época de la Primera Internacional⁴⁰. Así como el *Manifiesto Comunista* fue la anticipación teórica del movimiento obrero moderno, y la Primera Internacional la anticipación organizativa de la asociación obrera de todo el mundo, la Comuna de París fue la anticipación revolucionaria de la dictadura del proletariado. Pero sólo una anticipación. Precisamente por eso se demostró que no es posible que el proletariado someta el aparato del estado y transforme la sociedad sólo con su improvisación revolucionaria. Los estados nacionales surgidos de las guerras crearon la única base real, la nacional, para esta obra histórica. Por tanto, debe pasar por la escuela de la autoeducación. La Primera Internacional ha cumplido su misión, la de vivero de los partidos nacionales socialistas. Después de la guerra franco-prusiana y de la Comuna de París, la Internacional arrastró su existencia semiactiva durante poco tiempo y en 1872 fue trasladada a América, donde muchos experimentos de carácter religioso, social, etc., habían ido a menudo a morir.

³⁷ La Asociación General de Trabajadores Alemanes se fundó en Leipzig el 23 de marzo de 1863. Presidente, Ferdinand Lassalle (1825-1864); Vicepresidente, Dr. Otto Dammer; Secretario, Karl Julius Valteich, zapatero (1839-1915).

³⁸ [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\)](#), serie en estas mismas EIS.

³⁹ Ver en *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*, en nuestra serie [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\)](#), página 7 del formato pdf.

⁴⁰ La Comuna de París, tras la derrota de Francia en la guerra de 1870-1871, los obreros de París toman el poder. El 28 de marzo de 1871 se declaró la Comuna. Se ahogó en sangre el 21-28 de mayo de 1871. Entre 20.000 y 30.000 comuneros, incluidos mujeres y niños, fueron asesinados, 270 ejecutados tras un “juicio”, 400 encarcelados y 7.000 expulsados del país. La Comuna marcó el fin de la monarquía en Francia y el comienzo de la Tercera República. La Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional) fue fundada por Marx y Engels en 1864. En su “primera fase” sirvió de punto de encuentro de diversas organizaciones nacionales europeas. Tras la Comuna de París, en 1872, se trasladó a Nueva York. Se disolvió en 1876. En este mismo sello ver nuestra serie [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores](#) y en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) ver la serie [Comunas de París y Lyon](#).

Comenzó la época del poderoso desarrollo capitalista sobre la base del estado nacional. Para el movimiento obrero fue la época de la acumulación gradual de fuerzas, de la formación de organizaciones y del posibilismo político.

En Inglaterra, la época tormentosa del cartismo⁴¹, el despertar revolucionario del proletariado inglés, se agotó completamente diez años antes de la aparición de la Primera Internacional. La abolición de los impuestos sobre el grano (1846), el auge industrial que le siguió y que transformó a Inglaterra en el taller del mundo, la introducción de la jornada de diez horas (1847), el crecimiento de la emigración de Irlanda a Norteamérica y, finalmente, la extensión del voto a los trabajadores urbanos (1867): todas estas condiciones, que mejoraron significativamente la posición de las capas superiores del proletariado, condujeron al movimiento de clases a la corriente del tradeunionismo y a la política obrera liberal que lo complementaba. Para el proletariado inglés, la época del posibilismo, es decir, de la adaptación consciente y planificada a las formas económicas, jurídicas y estatales del capitalismo nacional, comenzó, como el mayor de los hermanos, incluso antes del nacimiento de la Internacional, dos décadas antes que para el proletariado continental. Si, a pesar de todo, los grandes sindicatos ingleses se adhirieron a la Internacional al principio, fue exclusivamente porque ello les facilitaba protegerse contra la importación de rompehuelgas continentales en los conflictos salariales.⁴²

El movimiento obrero francés ha tardado en recuperarse de la sangría de la Comuna, sobre el terreno de un desarrollo industrial ralentizado, en la atmósfera del más venenoso revanchismo nacional. Vacilante entre sus flancos de “negación” anarquista del estado y de capitulación democrática vulgar ante él, el movimiento proletario francés se desarrolló adaptándose al marco social y político de la república burguesa.

El centro de gravedad del movimiento socialista se trasladó a Alemania, como predijo Marx ya en 1870.

Tras la guerra franco-alemana, comenzó para la Alemania unida una época similar a la de las décadas precedentes en Inglaterra: florecimiento capitalista, sufragio democrático y elevación del nivel de vida de las capas superiores del proletariado.

Teóricamente, el movimiento del proletariado alemán marchaba bajo la bandera del marxismo. Pero en su dependencia de las condiciones de la época, el marxismo se convirtió para el proletariado alemán no en la fórmula algebraica de la revolución, como lo fue en la época de su creación, sino en el método teórico de adaptación al estado nacional-capitalista coronado con el casco prusiano. El capitalismo, tras alcanzar un equilibrio temporal, revolucionó sin cesar la base económica de la vida nacional. La burguesía cedió todas sus posiciones *políticas* a la monarquía feudal, pero se fortificó tanto más enérgicamente en sus posiciones *económicas* bajo la protección del estado policíacomilitar. El capitalismo victorioso, el militarismo colocado sobre una base

⁴¹ Cartismo, movimiento inglés a favor de la reforma parlamentaria (sufragio universal masculino, parlamentos anuales, voto por papeleta, remuneración de los diputados, electorado igualitario, abolición del requisito de propiedad, etc.) que comenzó en 1838 como una campaña de recogida de firmas para la *Carta del Pueblo*; disponible como texto de apoyo en nuestra serie [Liga de los Comunistas](#). Tuvo algunos episodios violentos (24 muertos en Manchester y Newport el 3 de noviembre de 1839), sufrió altibajos y estalló finalmente en abril de 1848.

⁴² En el verano de 1866, los ferrocarriles británicos intentaron importar mano de obra barata belga. La Primera Internacional se comprometió a acabar con el trabajo clandestino. Una ojeada a las actas de las primeras sesiones del Consejo General de la AIT permite percatarse de que el problema era tratado seriamente y con frecuencia. En nuestra serie [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores](#) ver, por ejemplo en el epígrafe “Papel de la Asociación Internacional de Trabajadores en la lucha entre el capital y el trabajo”, página 16 y siguientes del formato pdf, del documento [Informes, relaciones y resoluciones del congreso de Lausana de la Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\)](#), 1867; o, también, el documento [Advertencia](#) (del Consejo General de la AIT sobre contratación inmigrantes esquiroles), de marzo de 1866.

capitalista, la reacción política derivada de la fusión de las clases feudal y capitalista (la revolucionarización de la vida económica y el completo abandono de los métodos y tradiciones revolucionarios en la vida política) son las líneas básicas de la última época, que abarca cuatro décadas y media. Toda la actividad de la socialdemocracia alemana se orientó hacia el despertar de las clases obreras atrasadas mediante una lucha planificada por sus necesidades inmediatas; hacia la acumulación de fuerzas, el aumento de la afiliación, el llenado de las arcas, el desarrollo de la prensa, la conquista de todos los puestos disponibles, su explotación, extensión y profundización. Esta fue la gran obra histórica de despertar y educar a la clase hasta entonces “no histórica”. Siguiendo directamente el desarrollo de las industrias nacionales, adaptadas a sus éxitos en el mercado nacional y mundial, controlando el movimiento de los precios de las materias primas y de los productos acabados, se formaron las poderosas asociaciones profesionales centralizadas de Alemania. Adaptadas a la ley electoral, anidadas localmente en las circunscripciones, extendiendo sus antenas en las comunidades urbanas y rurales, erigieron el edificio único de la organización política del proletariado alemán, con su jerarquía burocrática de múltiples ramificaciones, un millón de miembros cotizantes, cuatro millones de votantes, 91 periódicos diarios y 65 imprentas del partido. Toda esta actividad multifacética de inconmensurable importancia histórica estuvo prácticamente impregnada hasta el final del espíritu del posibilismo. En cuatro décadas y media, la historia no ha ofrecido al proletariado alemán ni una sola oportunidad de derribar un obstáculo con un avance tempestuoso, de conquistar cualquier posición hostil en un intento revolucionario. Como resultado de las relaciones recíprocas de las fuerzas sociales, se vio obligado a sortear los obstáculos o a adaptarse a ellos. En esta práctica, el marxismo como método de pensamiento fue una valiosa herramienta de orientación política. Pero no pudo cambiar el carácter posibilista del movimiento de clase, que en su esencia era similar en Inglaterra, Francia y Alemania en esta época. La táctica de los sindicatos, con la superioridad indiscutible de la organización alemana, era en principio la misma en Berlín y en Londres: su máxima expresión era el sistema de convenios colectivos. En el terreno político la diferencia tenía sin duda un carácter mucho más profundo. En el momento en que el proletariado inglés marchaba bajo la bandera del liberalismo, los obreros alemanes crearon un partido independiente con un programa socialista. Pero la realidad política de esta diferencia es mucho menos profunda que sus formas ideológicas y organizativas. A través de su presión sobre el liberalismo, los obreros ingleses lograron aquellas conquistas políticas limitadas en el campo del sufragio, la libertad de asociación y la legislación social que el proletariado alemán conservó o amplió con la ayuda de su partido independiente. Ante la temprana capitulación del liberalismo alemán, el proletariado alemán se vio obligado a crear un partido independiente. Pero este partido, que en principio estaba bajo la bandera de la lucha por el poder político, se vio obligado en toda su práctica a adaptarse al poder dominante, a proteger al movimiento obrero de sus golpes y a luchar por reformas individuales. En otras palabras, en virtud de la diferencia de tradiciones históricas y condiciones políticas, el proletariado inglés se adaptó al estado capitalista a través de la mediación del partido liberal; el proletariado alemán se vio obligado a crear un partido independiente con los mismos objetivos políticos. Pero el contenido de la lucha política del proletariado alemán tuvo a lo largo de esta época el mismo carácter históricamente limitado y posibilista que el del inglés. La igualdad de estos dos fenómenos, tan diferentes en sus formas, aparece más claramente en los últimos resultados de la época: por una parte, el proletariado inglés, en la lucha por sus tareas cotidianas, se vio obligado a fundar un partido independiente, sin romper, no obstante, con sus tradiciones liberales; por otra parte, el partido del

proletariado alemán, enfrentado por la guerra a la necesidad de una elección decisiva, dio una respuesta en el espíritu de las tradiciones nacional-liberales del partido obrero inglés.

El marxismo no era, por supuesto, algo accidental o insignificante en el movimiento obrero alemán. Pero sería bastante infundado deducir de la ideología oficial marxista del partido su carácter social-revolucionario.

La ideología es un factor importante en la política, pero no determinante; su papel es de servicio político. La profunda contradicción en la que se encontraba la clase revolucionaria en su relación con el estado feudal-reaccionario requería una ideología irreconciliable que agrupara a todo el movimiento bajo la bandera de los objetivos social-revolucionarios. Puesto que las condiciones históricas le imponían una táctica posibilista, la irreconciliabilidad de la clase proletaria encontró su expresión en las fórmulas revolucionarias del marxismo. Dialécticamente, el marxismo concilió con pleno éxito la contradicción entre reforma y revolución. Pero la dialéctica del desarrollo histórico es algo mucho más difícil que la dialéctica del pensamiento teórico. El hecho de que la clase, revolucionaria en sus tendencias, se viera obligada durante décadas a adaptarse al estado policial monárquico que descansaba sobre el poderoso desarrollo capitalista, en cuya adaptación se formó una organización de un millón de personas y se educó a la burocracia obrera que dirigía todo el movimiento, no dejó de existir y no pierde su grave significado por el hecho de que el marxismo previera el carácter socialmente revolucionario del desarrollo futuro. Sólo un ideologismo ingenuo podía equiparar esta previsión con la realidad política del movimiento obrero alemán.

Los revisionistas alemanes partían de la contradicción entre la práctica reformista del partido y su teoría revolucionaria. No comprendían que esta contradicción estaba condicionada por condiciones temporales, aunque duraderas, y que sólo podía ser superada por un mayor desarrollo social. Para ellos era una contradicción lógica. El error de los revisionistas no consistió en afirmar el carácter reformista de la política del partido en la época pasada, sino en querer perpetuar teóricamente el reformismo como único método de la lucha de clases proletaria. De este modo, los revisionistas entraron en contradicción con las tendencias objetivas del desarrollo capitalista, que, al agudizar las contradicciones de clase, deben conducir a la revolución social como única vía para la emancipación del proletariado. El marxismo salió victorioso de la disputa teórica en toda la línea. Pero el revisionismo derrotado teóricamente siguió vivo, alimentándose de toda la práctica del movimiento y de su psicología. La refutación crítica del revisionismo como teoría no significó en absoluto su superación táctica y psicológica. Los parlamentarios, sindicalistas y cooperativistas continuaron viviendo en una atmósfera de pesimismo generalizado, de especialización práctica y de estrechez nacional. Incluso la aparición de Bebel, el mayor representante de esta época, estuvo claramente marcada por ello.

El espíritu posibilista tuvo que arraigar con especial fuerza en la generación que entró en el partido en los años ochenta, en la época de las leyes de excepción bismarckianas y de la reacción opresiva en toda Europa. Sin el espíritu apostólico de la generación asociada a la Primera Internacional, trabada en sus primeros pasos por el poder del imperio victorioso, obligada a adaptarse a las trampas y acechanzas de la ley socialista, esta generación ha crecido totalmente en el espíritu de moderación y desconfianza orgánica de las perspectivas revolucionarias. Ahora todos tienen entre 50 y 60 años y son ellos mismos los que están a la cabeza de las organizaciones sindicales y políticas. El reformismo es su psicología política, si no es su doctrina. El crecimiento gradual hacia el socialismo (que es la base del revisionismo) demostró ser la utopía más miserable teniendo en cuenta los hechos del desarrollo capitalista. Pero el crecimiento político gradual de la socialdemocracia en el mecanismo del estado nacional demostró (para toda la generación) ser una trágica realidad.

La revolución rusa fue el primer gran acontecimiento que sacudió la rancia atmósfera de Europa 35 años después de la Comuna de París. El rápido ritmo de desarrollo de la clase obrera rusa, y el inesperado poder de su concentrada actividad revolucionaria, causaron una gran impresión en todo el mundo civilizado e impulsaron en todas partes la agudización de las contradicciones políticas. En Inglaterra, la revolución rusa aceleró la formación de un partido obrero independiente. En Austria, gracias a circunstancias especiales, condujo al sufragio universal. En Francia, el sindicalismo apareció como un eco de la revolución rusa, dando expresión en forma táctica y teórica inadecuada al despertar de las tendencias revolucionarias del proletariado francés. Por último, la influencia de la revolución rusa en Alemania se manifestó en el fortalecimiento de la joven ala izquierda del partido, en el acercamiento del centro dirigente a ella y en el aislamiento del revisionismo. La cuestión del sufragio prusiano, clave de las posiciones políticas de los junker, se planteó con mayor agudeza. El partido adoptó en principio el método revolucionario de la huelga general. Pero los choques externos resultaron insuficientes para empujar al partido por el camino de la ofensiva política. De acuerdo con toda la tradición del partido, el giro hacia el radicalismo se plasmó en discusiones y resoluciones de principio. No adquirió mayor desarrollo.

Hace seis o siete años, a la marea revolucionaria le siguió en todas partes un reflujo político. En Rusia triunfó la contrarrevolución y se abrió un período de desintegración política y organizativa del proletariado ruso. En Austria, el hilo de las conquistas se rompió rápidamente, los seguros obreros se frenaron en las cancillerías gubernamentales, las luchas nacionales se renovaron con redoblado vigor en el terreno del sufragio universal, se recondujo el párrafo 14⁴³, y llevó a la socialdemocracia a la descomposición y al debilitamiento. En Inglaterra, el Partido Laborista, después de su separación del liberalismo, ha vuelto a unirse más estrechamente a él. En Francia, los sindicalistas han pasado a posiciones reformistas; Gustav Hervé se ha transformado en su contrario en muy poco tiempo. En la socialdemocracia alemana, los revisionistas levantaron la cabeza, alentados por el hecho de que la historia les concediera tal revancha. Los alemanes del sur llevaron a cabo su voto demostrativo a favor del presupuesto. Los marxistas se vieron obligados a pasar del ataque a la defensa. Los esfuerzos del ala izquierda por llevar al partido por la senda de una política más activa fueron infructuosos. El centro gobernante se acercó cada vez más a la derecha, aislando a los radicales. El conservadurismo, recuperado tras los golpes de 1905, triunfó en todos los ámbitos. A falta de acción revolucionaria, así como de posibilidades reformistas reales, toda la energía se destinó a la expansión organizativa automática: nuevos miembros del partido y de los sindicatos, nuevos periódicos, nuevos suscriptores. Condenado durante décadas a una política de persistencia posibilista, el partido creó el culto a la organización como un fin en sí mismo. Probablemente nunca el espíritu de inercia organizativa ha prevalecido tan incondicionalmente en la socialdemocracia alemana como en los últimos años que precedieron inmediatamente a la gran catástrofe. Y no cabe la menor duda de que la cuestión de la conservación de las organizaciones, tesorerías, casas del pueblo e imprentas, desempeñó un papel aún más importante en la determinación de la posición de la fracción del Reichstag respecto a la guerra. El primer argumento que escuché de un destacado camarada alemán fue: “Si hubiéramos actuado de otro modo, habríamos condenado a nuestras organizaciones y a nuestra prensa.” Qué característico de la psicología del posibilismo organizativo es el hecho de que de 91 periódicos socialdemócratas ni uno solo considerara posible protestar contra la violación de Bélgica. Ni uno. Tras la caída de las leyes de excepción, el partido dudó durante mucho tiempo en

⁴³ El párrafo 14 de la constitución le ofrecía a la monarquía y a la burocracia un amplio campo para sus “creaciones” extraparlamentarias.

crear sus propias imprentas para que no pudieran ser confiscadas por el gobierno cuando se producían acontecimientos importantes. Y ahora, después de haber creado sus propias imprentas, la jerarquía del partido teme cualquier movimiento decisivo para no dar lugar a confiscaciones. Aún más elocuente parece el incidente con el *Vorwärts*, que pidió permiso para seguir existiendo, sobre la base de un nuevo programa que suspende la lucha de clases hasta nuevo aviso. Todo amigo de la socialdemocracia alemana sintió una mortificación purificadora al recibir el número del órgano central con la despectiva prescripción del “Alto Mando”. Si el *Vorwärts* hubiera permanecido bajo la suspensión, habría sido un hecho político significativo al que el propio partido se habría referido más tarde con orgullo. En cualquier caso, habría sido mucho más honorable que existir con la huella de la bota del general en la frente. Pero por encima de todas las consideraciones de política y dignidad del partido estaban las consideraciones de empresa, de publicación, de organización; y así el *Vorwärts* existe ahora como un testimonio a dos caras de la brutalidad ilimitada de los junker al mando, tanto en Berlín como en Lovaina, y del posibilismo ilimitado de la socialdemocracia alemana.

La derecha adoptó una postura más basada en consideraciones políticas. Estas consideraciones de principio del reformismo alemán fueron formuladas de forma muy burda por Wolfgang Heine en una ridícula discusión sobre si se debía abandonar la sala de sesiones del Reichstag durante el “Kaiserhoch” [acto de aplaudir el nombre del emperador] o permanecer sentados. “El establecimiento de la república en el Imperio Alemán está en la actualidad, y por mucho tiempo, más allá de toda posibilidad previsible y, realmente, no es el tema de nuestra política diaria.” Los éxitos prácticos que siempre faltan podrían lograrse, pero sólo si hubiera cooperación con la burguesía liberal. “Por esta razón, y no por remilgos, he señalado que la cooperación parlamentaria se ve dificultada por manifestaciones que *hieren innecesariamente los sentimientos* de la mayor parte de la cámara.” Pero si la violación de la etiqueta monárquica era ya capaz de destruir la esperanza de una cooperación reformadora con la burguesía liberal, la ruptura con la “nación” burguesa en la hora del “peligro” nacional habría dado al traste no sólo con las reformas deseadas, sino también con los deseos reformistas durante mucho tiempo. En el caso de los revisionistas, la actitud dictada a los conservadores rutinarios del centro del partido por la mera preocupación por la autoconservación organizativa se vio complementada por consideraciones políticas. En cualquier caso, el punto de vista de los revisionistas ha demostrado ser mucho más amplio y ha conquistado el terreno en todos los aspectos. Casi toda la prensa del partido señala ahora con diligencia lo que antes ridiculizaba con dureza: que la actitud patriótica de los obreros debe reportarles la benevolencia de las clases propietarias para las reformas después de la guerra.

Así, bajo los golpes de los grandes acontecimientos, la socialdemocracia alemana no se sintió como una potencia revolucionaria que tenía ante sí tareas que iban mucho más allá del marco de la cuestión del desplazamiento de las fronteras nacionales, que no se perdía ni un momento en el torbellino nacionalista, sino que esperaba el momento más favorable para intervenir poderosamente en el curso de los acontecimientos al mismo tiempo que las demás secciones de la Internacional, no; se sintió sobre todo como un pesado tren organizativo amenazado por la caballería enemiga. Por eso subordinó todo el futuro de la Internacional a la cuestión, independiente de ella, de la defensa de las fronteras del estado de clase, porque se sentía ante todo un estado conservador dentro de un estado.

“¡Mirad a Bélgica!”, lanzaba *Vorwärts* a los obreros-soldados. Allí las casas de los obreros han sido convertidas en lazaretos, los periódicos cerrados, la vida suprimida⁴⁴.

⁴⁴ Un corresponsal del *Vorwärts* cuenta sentimentalmente cómo fue a Bruselas a buscar a los camaradas belgas en la Maison du peuple y encontró un hospital militar alemán. ¿Para qué necesitaba el corresponsal

Y por lo tanto resistir hasta el final; “hasta que la victoria sea finalmente nuestra”. En otras palabras, seguid destruyendo, atemorizados incluso por el trabajo de vuestras manos (“¡Mirad Bélgica!”) ¡y sacad valor de este terror para nuevas destrucciones!

Lo que precede se refiere, en conjunto, no sólo a la socialdemocracia alemana, sino a todas las viejas secciones de la Internacional que han atravesado la historia del último medio siglo. Pero lo dicho no agota la cuestión de las causas del hundimiento de la II Internacional. Queda el factor, hasta ahora inexplicado en este contexto, que descansa en el núcleo de todos los acontecimientos por los que ha atravesado. La dependencia del movimiento de clase del proletariado, especialmente de sus luchas económicas, del alcance y los éxitos de la política imperialista del estado es una cuestión que, por lo que sabemos, aún no ha sido sometida a discusión en la prensa socialista. No podemos abordar su solución en el marco de un panfleto político, que es la naturaleza de este panfleto. Por lo tanto, lo que diremos al respecto tendrá necesariamente el carácter de un breve resumen.

El proletariado está fuertemente interesado en el desarrollo de las fuerzas productivas. El estado-nación, creado en Europa en las revoluciones y guerras de 1789 a 1870, apareció como el tipo básico de desarrollo económico de la época pasada. Con toda su política consciente, el proletariado contribuyó al desarrollo de las fuerzas productivas sobre una base nacional. Apoyó a la burguesía en su lucha contra los enemigos exteriores por la liberación nacional; también en su lucha contra la monarquía, el feudalismo y la iglesia, por el régimen de la democracia política. En la medida en que la burguesía se volvía “pro-orden”, es decir, se pasaba a la reacción, el proletariado asumía la obra histórica que no había terminado. Al defender una política de paz, cultura y democracia contra la burguesía, contribuyó a la expansión de las ventas en el mercado nacional, impulsando así el desarrollo de las fuerzas productivas. En la misma medida, se interesaba económicamente por la democratización y el auge cultural de todos los demás países, como compradores o vendedores en relación con su propio país. Esta era la garantía más importante de la solidaridad internacional del proletariado, no sólo en su objetivo final, sino también en su política cotidiana. La lucha contra los restos de la barbarie feudal, contra las exigencias excesivas del militarismo, contra los aranceles agrícolas, contra los impuestos indirectos, constituía el contenido básico de la política obrera y servía, directa e indirectamente, a la labor de desarrollo de las fuerzas productivas. Precisamente por esta razón, la inmensa mayoría de los obreros organizados sindicalmente acompañó a la socialdemocracia en su política; todo obstáculo en el desarrollo de las fuerzas productivas toca más directamente a las organizaciones sindicales del proletariado.

En la medida en que el capitalismo pasó del terreno nacional al internacional-imperialista, la producción nacional, y con ella la lucha económica del proletariado, pasaron a depender directamente de aquellas condiciones del mercado mundial que se aseguran por medio de los acorazados y los morteros. En otras palabras, en contraste con los intereses fundamentales del proletariado, tomados en todo su alcance histórico, los intereses inmediatos que atañían al trabajo de algunas de sus capas resultaron depender directamente de los éxitos o fracasos de la política exterior del gobierno.

Inglaterra situó mucho antes su desarrollo capitalista sobre la base del robo imperialista. Ha interesado a las capas superiores del proletariado en su dominación mundial. El proletariado inglés, en la defensa de sus intereses, se limitó a presionar a los partidos burgueses que le concedían una participación en la explotación capitalista de otros países. Comenzó a adoptar una política independiente a medida que Inglaterra perdía su posición en el mercado mundial, empujada hacia atrás, entre otros, por su

del *Vorwärts* camaradas belgas? “Para ganarlos para la causa del pueblo alemán”, en un momento en que la propia Bruselas ya había sido ganada “para la causa del pueblo alemán”.

principal rival, Alemania. Pero al mismo tiempo, con el aumento del papel industrial mundial de Alemania, creció no sólo la dependencia material sino, también, la ideal de amplias capas del proletariado alemán respecto al imperialismo [alemán]. El 11 de agosto, el *Vorwärts* escribía que los obreros alemanes, “que hasta ahora se contaban entre los ilustrados políticamente y a los que se había predicado durante años (hay que confesar que *con bastante poco éxito*) los peligros del imperialismo”, despotricaban contra la neutralidad italiana tanto como los chovinistas más extremos. Pero esto no ha impedido a los *Vorwärts* alimentar a los trabajadores alemanes con argumentos “nacionales” y “democráticos” para justificar la sangrienta labor del imperialismo (con muchos literatos ocurre que sus espaldas son tan maleables como sus plumas).

Pero esto no cambia los hechos. En la conciencia de los trabajadores alemanes en el momento decisivo no había una hostilidad irreconciliable a la política imperialista, al contrario, revelaron una extraordinaria receptividad a sus susurros envueltos en fraseología nacional y democrática. El imperialismo socialista no se revela por primera vez en la socialdemocracia alemana. Baste recordar que en el congreso internacional de Stuttgart la mayoría de los delegados alemanes, especialmente los sindicalistas, votaron en contra de la resolución marxista sobre la política colonial⁴⁵. Sólo a la luz de los acontecimientos actuales, este hecho, que causó sensación en su momento, adquiere todo su significado. En la actualidad, la prensa sindical, con más conciencia y sobria objetividad que la prensa política, confunde la causa de la clase obrera alemana con la obra del ejército de Hohenzollern.

Mientras el capitalismo se mantuviera sobre una base nacional, el proletariado no podría evitar participar en la democratización de las relaciones políticas y en el desarrollo de las fuerzas productivas a través de sus actividades parlamentarias, municipales y de otro tipo. Los intentos de los anarquistas de oponer a la lucha política de la socialdemocracia una agitación revolucionaria formal los condenaron al aislamiento y a la extinción. Pero en la medida en que los estados capitalistas se transforman de entidades nacionales en estados mundiales imperialistas, el proletariado no puede oponerse a este imperialismo sobre la base del llamado programa mínimo que ha orientado su política en el marco del estado-nación. Sobre la base de la lucha por los convenios colectivos y la legislación social, el proletariado no puede desarrollar contra el imperialismo la misma energía que contra el feudalismo. Al utilizar su viejo método de lucha de clases (la adaptación constante al movimiento del mercado) sobre las bases capitalistas modificadas, él mismo se hace dependiente del imperialismo, material y moralmente. El proletariado sólo puede oponerse al imperialismo con su fuerza revolucionaria bajo la bandera del socialismo como tarea inmediata. La clase obrera se muestra tanto más impotente frente al imperialismo cuanto más tiempo permanezcan sus viejas y poderosas organizaciones en el terreno de la vieja táctica posibilista; la clase obrera se vuelve superior frente al imperialismo cuando entra en el camino de lucha de la revolución social.

Los métodos de oposición nacional-parlamentaria no sólo siguen siendo objetivamente inconcluyentes, faltos de resultados prácticos, sino que pierden todo atractivo subjetivo para las masas obreras ante el hecho de que a espaldas de los parlamentarios el imperialismo, con su brazo armado, hace depender cada vez más los ingresos e incluso la existencia del obrero de sus éxitos en el mercado mundial. Para todo

⁴⁵ “Resolución sobre la cuestión colonial y el imperialismo, VII Congreso, Stuttgart, 1907”, en nuestra serie [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#). Aunque el Congreso de Stuttgart de la II Internacional (1907) logró la unanimidad sobre la actitud ante la guerra [ver en nuestra misma serie: [Resolución del Congreso de Stuttgart sobre el militarismo](#)], en la cuestión colonial se produjo una fuerte división. Una resolución anticolonial fue aprobada por 127 votos a favor y 108 en contra, con los alemanes (aunque divididos entre ellos) votando firmemente a favor de los “colonialistas”.

socialista consciente, estaba claro que la transición del proletariado del posibilismo a la revolución no podía ser provocada por la incitación a la agitación, sino sólo por choques históricos. Pero que este inevitable cambio de táctica vendría precedido de un colapso tan estremecedor de la Internacional no lo previó nadie. La historia actúa con una crueldad titánica. ¿Qué significa para ella la catedral de Reims? ¿Y qué unos cientos o miles de reputaciones políticas? ¿Y qué la vida o la muerte de cientos de miles o millones? El proletariado ha permanecido demasiado tiempo en la clase preparatoria, mucho más de lo que imaginaban sus grandes luchadores: la historia tomó la escoba, desbarató la Internacional de los epígonos y condujo a las masas al campo donde sus últimas ilusiones se lavan con sangre. ¡Terrible experimento! De su resultado puede depender el destino de la cultura europea.

VII. La era evolucionaria

A finales del siglo pasado estalló en Alemania una acalorada polémica sobre el efecto de la industrialización del país en sus fuerzas armadas. Políticos y escritores agrarios reaccionarios como Sehring, Karl Ballod, Georg Hansen y otros demostraron que el rápido crecimiento de la población urbana a expensas de la rural socavaba prácticamente los cimientos de la fuerza militar del Reich, y naturalmente sacaron de ello conclusiones patrióticas en un espíritu de proteccionismo agrario. En cambio, Lujo Brentano y su escuela defendían un punto de vista precisamente opuesto. Demostraron que la industrialización de la economía no sólo abría nuevas fuentes financieras y material-técnicas, sino que también generaba en el proletariado esa fuerza viva capaz de poner en práctica todos los nuevos medios de defensa y ataque. Ya en referencia a la experiencia de 1870-1871, Brentano citaba juicios autorizados que demostraban que “los regimientos procedentes de la Westfalia predominantemente industrial se cuentan entre los mejores”, y explicaba muy correctamente este hecho con la capacidad mucho mayor del obrero para orientarse en las nuevas condiciones y adaptarse a ellas.

Ahora es superfluo preguntarse cuál de los contendientes tenía razón. La guerra actual prueba que Alemania, que ha realizado los mayores progresos en el camino del capitalismo, era capaz de desarrollar la más alta fuerza militar. Al mismo tiempo, esta guerra prueba, en relación con todos los países arrastrados a ella, qué energía colosal, y por ello cualificada, desarrolla el proletariado en su actividad bélica. No se trata del heroísmo pasivo y gregario de las masas campesinas, unidas por el servilismo fatalista y la superstición religiosa; se trata de la abnegación individualizada que, nacida del impulso interior, se coloca bajo la bandera de la idea. La idea bajo cuya bandera se encuentra ahora el proletariado armado es la idea del nacionalismo belicoso, enemigo mortal de los verdaderos intereses del proletariado. Las clases dominantes se han mostrado suficientemente poderosas para imponer su idea al proletariado, y éste ha puesto conscientemente su inteligencia, su pasión y su voluntad de sacrificio, al servicio de la causa de sus enemigos de clase. En este hecho está estampada la terrible derrota del socialismo. Pero en esa derrota se abren también todas las posibilidades de su victoria final. No cabe duda de que una clase capaz de mostrar tanta firmeza y sacrificio en una guerra que ha reconocido como “justa”, demostrará ser aún más capaz de desarrollar tales cualidades cuando el curso ulterior de los acontecimientos la enfrente a tareas verdaderamente dignas de la misión histórica de esa clase. La época de la toma de conciencia, de la educación y de la organización del proletariado reveló en él inmensas fuentes de energía revolucionaria, que no encontraron suficiente actividad en la lucha cotidiana. La socialdemocracia no sólo llamó a escena a las capas superiores del proletariado, sino que, también, inhibió su energía revolucionaria al dar necesariamente a su táctica el carácter de *perseverancia*, de espera, (“estrategia de agotamiento”). El carácter reaccionario y prolongado de esta época no permitió a la socialdemocracia plantear al proletariado tareas que habrían exigido todo su valor de sacrificio. En la actualidad, el imperialismo le plantea tales exigencias al proletariado. Consiguió su objetivo empujando al proletariado a una posición de “defensa nacional”, que para los trabajadores tenía que significar la defensa de lo que habían creado con sus manos, no

sólo de las colosales riquezas de la nación, sino también de sus propias organizaciones de clase, sus arcas, su prensa, en resumen, todo lo que habían ganado en décadas de incansables y arduas luchas. El imperialismo arrancó violentamente a la sociedad de un estado de equilibrio inestable, destruyó las compuertas que la socialdemocracia había construido frente a la corriente de energía revolucionaria del proletariado y dirigió esta corriente hacia su lecho. Sin embargo, este tremendo experimento histórico, que ha quebrado con un solo golpe la columna vertebral de la Internacional Socialista, encierra en sí mismo el peligro mortal para la propia sociedad burguesa. Se arranca el martillo de las manos de los obreros, cambiándolo por el fusil. El obrero, el que está atado por la maquinaria de la economía capitalista, es de repente expulsado de su marco y se le enseña a poner por encima de la felicidad doméstica, y de la vida misma, los objetivos del conjunto.

Con el arma que él mismo ha fabricado en sus manos, el obrero se encuentra en una posición en la que el destino político del estado depende directamente de él. Aquellos que en tiempos ordinarios le oprimían y despreciaban, le adulan y se arrastran ante él. Al mismo tiempo, entra en la más íntima proximidad de los mismos cañones que, según Lassalle, constituyen uno de los componentes más importantes de las constituciones [=Vfassung, *sic* en el original, "constitución"]⁴⁶. Cruza las fronteras, participa en requisas violentas, bajo su cooperación las ciudades pasan de unas manos a otras. Se producen cambios como jamás ha visto la generación actual.

Si bien la vanguardia del trabajo sabía teóricamente que la fuerza es la madre del derecho, su pensamiento político seguía totalmente impregnado del espíritu de la posibilidad, de la conformidad con la legalidad burguesa. Ahora, de hecho, está aprendiendo a despreciar y a desbaratar violentamente este legalismo. Ahora, en su psique, los momentos estáticos dan paso a los dinámicos. Los morteros presionan en su mente el pensamiento de que, si es imposible sortear un obstáculo, queda la posibilidad de destruirlo. Casi toda la población masculina adulta es conducida a través de esta escuela de guerra tan terrible en su realismo, que forma un nuevo tipo de hombre. Por encima de todas las normas de la sociedad burguesa (con su ley, su moral y su religión) se alza ahora el puño de hierro de la necesidad. "¡La necesidad no conoce mandamientos!", dijo el canciller alemán el 4 de agosto. Los monarcas salen a las plazas públicas para acusarse mutuamente de mentir en el dialecto de las mujeres del mercado, los gobiernos anulan compromisos que reconocen solemnemente, y la iglesia nacional unce a su dios al cañón nacional cual convicto condenado a galeras. ¿No está claro, entonces, que estas circunstancias deben producir un cambio profundo en la psique de las clases trabajadoras, curándolas radicalmente de la hipnosis de la legalidad en la que se expresó una época de estancamiento político?

Las clases poseedoras, para su horror, pronto tendrán que convencerse de ello. El proletariado, que ha pasado por la escuela de la guerra, sentirá la necesidad de utilizar el lenguaje de la violencia al primer obstáculo serio dentro de su propio país. "¡La necesidad no conoce mandamientos!", gritará a quien intente contenerlo con los dictados de la legalidad burguesa. Y la necesidad, esa terrible necesidad económica que prevalecerá en el curso de esta guerra y después de su terminación, será capaz de instar a las masas a violar muchos mandamientos. El agotamiento económico general de Europa tendrá el efecto más directo y agudo sobre el proletariado. Las fuentes materiales de ayuda al estado se verán agotadas por la guerra, y la posibilidad de satisfacer las demandas de las masas trabajadoras resultará extremadamente limitada. Esto tendrá que conducir a profundos conflictos políticos que, ampliándose y profundizándose cada vez más, pueden asumir el

⁴⁶ Lassalle hizo su famoso análisis de la esencia de las constituciones en un discurso pronunciado ante un auditorio berlinés el 16 de abril de 1862.

carácter de una revolución social, cuyo curso y resultado, por supuesto, nadie puede predecir en la actualidad.

Por otra parte, la guerra, con sus ejércitos de millones de hombres y sus armas infernales de destrucción, puede agotar no sólo las fuentes de ayuda a la sociedad, sino también las fuerzas morales del proletariado. Si no encuentra resistencia interna, esta guerra puede durar varios años más, con éxitos alternados en ambos bandos, hasta el completo agotamiento de los principales participantes. Pero entonces toda la energía combativa del proletariado internacional, que el imperialismo ha llamado a la superficie con su sangrienta conspiración, puede agotarse completamente en la terrible obra de la aniquilación mutua. Y como resultado, toda nuestra cultura retrocedería varias décadas. Una paz que no surgiría de la voluntad de los pueblos despertados, sino del agotamiento mutuo de las partes implicadas, sería una paz de Bucarest, con la que se puso fin a la guerra de los Balcanes, extendida a Europa.

Con la ayuda de nuevos remiendos, habría intentado preservar todas las contradicciones, antagonismos e insuficiencias que condujeron a la guerra actual. Y con mucho más, la obra socialista de dos épocas humanas habría desaparecido sin dejar rastro en un mar de sangre.

¿Cuál de las dos perspectivas es la más probable? No es posible predecirlo teóricamente; el resultado depende enteramente de la actividad de las fuerzas vivas de la sociedad, en primer lugar, de la socialdemocracia revolucionaria.

“*¡Cese inmediato de la guerra!*” es la consigna bajo la cual la socialdemocracia puede reunir de nuevo a sus filas desintegradas, tanto en el seno de cada uno de los partidos nacionales como en el conjunto de la Internacional. El proletariado no puede hacer depender su voluntad de paz de las consideraciones estratégicas de los estados mayores; al contrario, debe oponer resueltamente su voluntad de paz a estas consideraciones. Lo que los gobiernos beligerantes llaman lucha por la autoconservación nacional es en realidad una aniquilación nacional mutua. La verdadera autodefensa nacional consiste ahora en la lucha por la paz.

Tal lucha significa para nosotros no sólo una lucha por la preservación de los bienes materiales y culturales de la humanidad de una mayor destrucción demencial, sino ante todo por la preservación de la energía revolucionaria del proletariado.

Reunir las filas del proletariado en la lucha por la paz significa oponer de nuevo en toda la línea del frente las fuerzas del socialismo revolucionario al imperialismo furioso. Las condiciones en las que debe concluirse la paz (la paz de los propios pueblos y no la reconciliación de los diplomáticos) deben ser las mismas para toda la Internacional:

¡Ninguna indemnización!

¡Derecho de cada nación a la autodeterminación! Estados Unidos de Europa; ¡sin monarquías, sin ejércitos permanentes, sin castas feudales dominantes, sin diplomacia secreta!

La agitación por la paz, que debe llevarse a cabo simultáneamente con todos los medios de que dispone ahora la socialdemocracia, así como con los que, con buena voluntad, pudiera conseguir, no sólo arrancará a los obreros de la hipnosis del nacionalismo, sino que también llevará a cabo una obra salvadora de purificación interna en los círculos de los actuales partidos oficiales del proletariado. Los nacional-revisionistas y social-patriotas de la II Internacional, que explotan para fines nacional-militaristas la influencia históricamente conquistada del socialismo sobre las masas trabajadoras, deben ser devueltos a la posición de enemigos de clase del proletariado mediante una irreconciliable agitación revolucionaria por la paz.

La socialdemocracia revolucionaria es la que menos debe temer ahora que la aislen. La guerra está haciendo la más terrible agitación contra sí misma. Cada nuevo día de guerra traerá nuevas y más nuevas masas bajo nuestra bandera, si es una bandera honesta de paz y democracia. Bajo la consigna de la paz, la socialdemocracia revolucionaria aislará con toda seguridad a la reacción belicista en Europa y la hará pasar a la ofensiva.

Los marxistas revolucionarios no tenemos motivos para desesperar. La época en la que hemos entrado será *nuestra* época. El marxismo no está derrotado. Al contrario, el rugido de las armas en todos los confines de Europa proclama la victoria teórica del marxismo. ¿Qué queda de las esperanzas de un desarrollo “pacífico”, de la atenuación de los antagonismos capitalistas, de un crecimiento planificado hacia el socialismo?

Los reformistas de principios, que esperaban resolver la cuestión social mediante convenios colectivos, asociaciones de consumidores y cooperación parlamentaria entre la socialdemocracia y los partidos burgueses, cifran ahora sus esperanzas en la victoria de las armas “nacionales”. Esperan que las clases poseedoras estén más dispuestas a satisfacer las necesidades del proletariado, que ha demostrado su patriotismo. Esta esperanza sería francamente obtusa si no ocultara otra, mucho menos idealista, a saber: que las victorias de las armas crearán para la burguesía una base imperialista de enriquecimiento mucho más amplia, a expensas de la burguesía de otros países, y le permitirán compartir parte de su botín con el proletariado nacional, a expensas del proletariado de otros países. De hecho, *el socialismo reformista se ha convertido en socialismo imperialista*.

Ante nuestros ojos, se estaba produciendo la liquidación estrepitosa de las esperanzas en un crecimiento pacífico de la prosperidad proletaria; los reformistas se vieron obligados, en contra de su doctrina, a buscar la salida del callejón sin salida político en la violencia, pero no en la violencia de los pueblos contra las clases dominantes, sino en la violencia militar de las clases dominantes contra otros pueblos. Después de 1848, la burguesía alemana se abstuvo de resolver sus tareas por el método de la revolución. Dejó que los feudales resolvieran las cuestiones burguesas por el método de la guerra. El desarrollo social enfrentó al proletariado con el problema de la revolución. Evadiendo la revolución, los reformistas se ven obligados a reproducir la decadencia histórica de la burguesía liberal; dejan que sus clases dominantes, es decir, los mismos feudales, resuelvan la cuestión proletaria por el método de la guerra. Pero ahí se acaba la analogía. En efecto, la creación de los estados nacionales resolvió la cuestión burguesa durante un gran período de tiempo, y la larga serie de guerras coloniales posteriores a 1871 completó esta solución ampliando el campo de acción para el desarrollo de las fuerzas capitalistas. La época de las guerras coloniales libradas por los estados nacionales condujo a la actual guerra de los estados nacionales por las colonias. Después de que todas las partes atrasadas de la tierra se distribuyeran entre los estados capitalistas, éstos no tuvieron más remedio que arrebatarse las colonias unos a otros.

... [47]

Pero el nuevo reparto de las colonias entre los países capitalistas no amplía la base del desarrollo capitalista, pues una ganancia en un lado significa una pérdida igual en el otro. Por consiguiente, un alivio temporal de los antagonismos de clase en Alemania sólo

⁴⁷ En el texto de la versión inglesa que reproduce el MIA-inglés aparece el siguiente párrafo: “La gente no debería hablar”, dice Gorg Irmer, “como si fuera una cosa establecida que la nación alemana ha llegado demasiado tarde para la rivalidad por la economía mundial y el dominio mundial, que el mundo ya ha sido dividido. ¿No se ha dividido la tierra una y otra vez en todas las épocas de la historia?”.

podría lograrse mediante una intensificación extrema de la lucha de clases en Francia y en Inglaterra, y viceversa. A esto hay que añadir un factor de importancia decisiva: el despertar capitalista de las propias colonias, despertar al que la presente guerra debe dar un poderoso impulso. Cualquiera que sea el resultado de esta guerra, la base imperialista del capitalismo europeo no se ampliará, sino que se estrechará como consecuencia de ella. La guerra, por lo tanto, no resuelve la cuestión obrera sobre una base imperialista, sino que, por el contrario, agrava esta cuestión al enfrentar al mundo capitalista con dos opciones: *La guerra permanente o la revolución.*

Si la guerra ha superado a la II Internacional, sus próximas consecuencias superarán a la burguesía de todo el mundo. Los socialistas revolucionarios no queríamos la guerra. *Pero tampoco la tememos.* No nos desesperamos por el hecho de que la guerra haya destruido la Internacional, que había abdicado ante la historia.

La época revolucionaria creará, a partir de las fuentes inagotables del socialismo proletario, nuevas formas organizativas que corresponderán a la magnitud de las nuevas tareas. Nos aprestamos de inmediato para este trabajo, en medio del loco estruendo de los morteros, el derrumbe de las catedrales y el aullido patriótico de los chacales capitalistas. En esta música infernal de la muerte, conservamos nuestro pensamiento claro, nuestra visión despejada, y sentimos que somos la única fuerza creadora del futuro.

Ya somos muchos, más de lo que parece. Mañana seremos muchos más que hoy. Pasado mañana se levantarán bajo nuestra bandera millones de personas, que incluso ahora, sesenta y siete años después de la aparición del *Manifiesto Comunista*, no tienen nada más que perder que sus cadenas.

Edicions internacionals Sedov



Trotsky: Obras Escogidas

Consulta también nuestras otras series

- 01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas
- 02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS) (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales)
 - 03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano
 - 04. Obres escollides de Lenin en català
 - 05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català
 - 06. León Sedov: escritos
 - 07.a Liga de los Comunistas
 - 07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)
 - 08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales
 - 08.b Internacional de Mujeres Socialistas
 - 09.a. Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional
 - 09.b. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales
- 10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional
- 11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)
- 12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.
 - 12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)
 - 13. Eleanor Marx y Jenny Marx
 - 14. Lenin: dos textos inéditos
 - 15. La lucha política contra el revisionismo lambertista
 - 17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal
 - 18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma
- 16. Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Y también las veintinueve series de nuestro sello hermano

Alejandro Proletaria. Biblioteca general del pensamiento revolucionario

